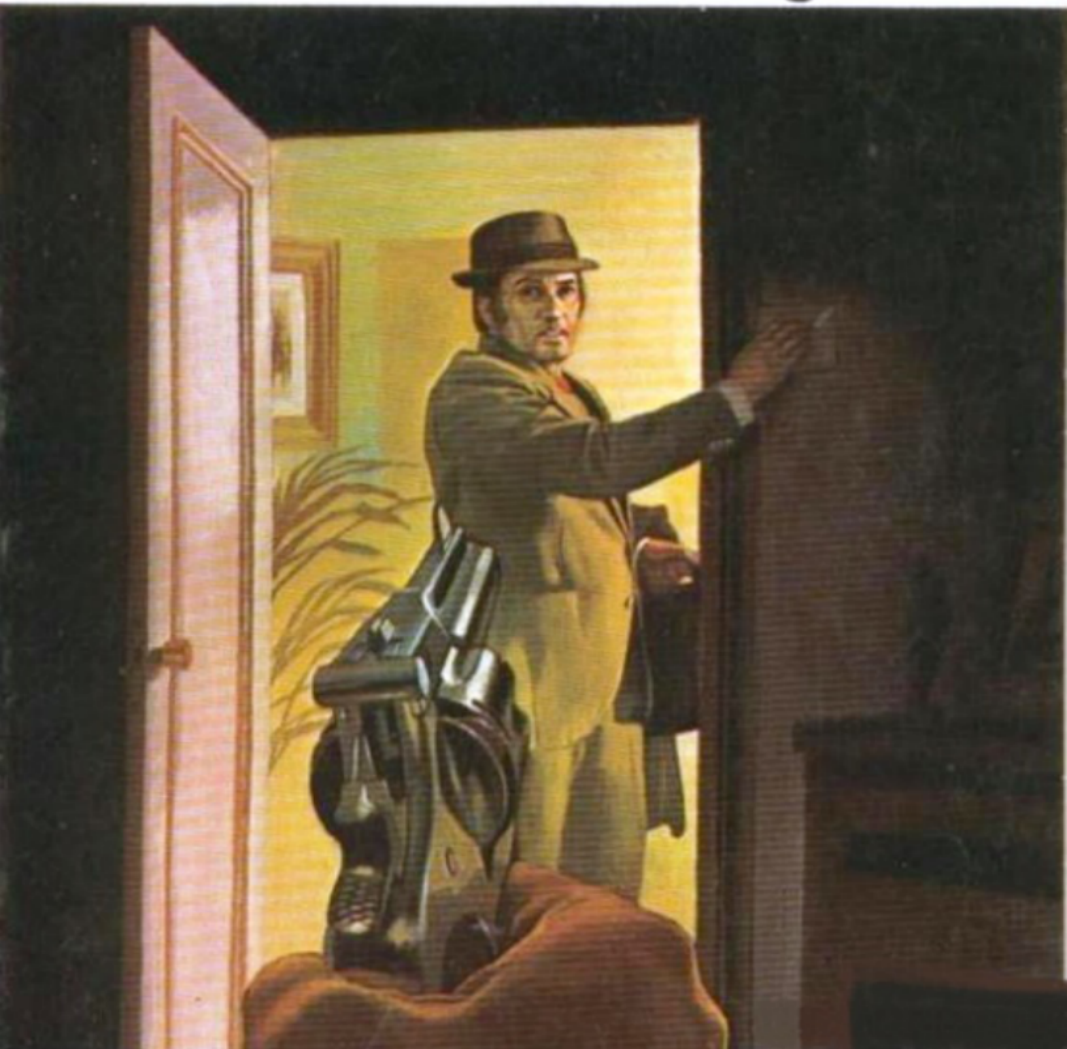


**AMOR
CIENTIFICO**

Lou Carrigan



LOU CARRIGAN

Amor científico

Colección PUNTO ROJO nº 905. Bruguera – ago/1979

CAPÍTULO PRIMERO

Todavía resonando en sus oídos el sonido del timbre de la puerta de su apartamento, Andrew Carpenter fue a abrir, mirando su reloj de pulsera, frunció el ceño.

Carpenter media alrededor de metro setenta y cinco, y era de complexión fina, elegante, lo que había engañado a muchos respecto a su potencia física. En general, parecía un buen muchacho metido en labores intelectuales, quizá por el aspecto que le confería su bien recortada barba, de un centímetro aproximadamente de longitud, y que se complementaba con un denso bigote que caía como una pilosa cortina casi ocultando su boca. Cabellos rubio oscuro un tanto largos, ojos negros de mirada reposada... Sí, Andrew Carpenter había engañado a más de uno con su aspecto y su bien timbrada, suave, voz. Sin embargo, su voz no fue suave ni amable cuando, al mismo tiempo que abría la puerta, gruñía:

—Te dije a las cinco, no a las cinco y treinta y cinco.

El atlético, casi gigantesco Frank Marsh entró en el apartamento, enarbolando un periódico, y gritando, como si no hubiese oído el reproche de Carpenter:

—¡Jamás dirías qué noticia trae el periódico, Andy!

Carpenter cerró la puerta, y gruñó de nuevo:

—Son más de las cinco. Quedamos a las cinco.

Marsh lo miró, sonrió, y le dio un tirón del bigote, canturreando:

—¿De quién es este mostachoooo...?

—Vete a la mierda. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Hombre, no creo que nadie tenga prisa por llegar a la mierda.

Primero, el ceño de Carpenter se frunció. Luego, desapareció súbitamente el enfurruñado gesto, como empujado por la carcajada del atractivo barbudo.

—¡Eso ha estado bien, Frank! Pero quedamos a las cinco.

—¡Jo, qué pesado...! Pareces una preñada pidiendo un capricho. ¡A las cinco, a las cinco...! ¿Qué más da las cinco que las cinco y media, hombre?

—Las cinco son las cinco.

Frank Marsh, enorme, atlético, simpáticamente feo, con la nariz convertida en una enorme chufa desde los ya casi olvidados tiempos en que se había dedicado al boxeo, hizo un gesto de resignación.

—De acuerdo, vida mía —dijo melosamente—: las cinco son las cinco. Pero claro, tú, como buen friolero que eres, no sales a la calle, te lo pasas tan ricamente encerrado en tu lujoso apartamento de soltero, golfo... ¡Ya veríamos si tú habrías sido puntual si hubieras tenido que venir a mi apartamento!

—Por supuesto que habría sido puntual.

—Sí —vaciló Frank—. Me temo que sí lo habrías sido. Pero vaya, ¿no te has enterado? ¡Hace días que nieva en Nueva York, las calles están llenas de nieve, hay atascos en la circulación, hace un frío que pela...! ¿Lo sabías?

—Sí.

—Ah. Bueno, y entonces, ya que tan exigente eres sobre la puntualidad, y dando por sentado que tienes que decirme algo sin utilizar el teléfono..., ¿por qué no has venido tú a visitarme a mí, cariño de mi vida?

—Porque la reunión se ha organizado en mi apartamento, y yo no tengo la culpa de eso.

—La reunión..., ¿con quién? ¡Ya sé, no me lo digas!

—los ojos de Marsh relucieron maliciosamente—. ¡Has traído unas chicas! ¡Un centenar de chicas, miles de chicas, un rebaño de chicas!

—Siempre estás pensando en lo mismo —gruñó Carpenter—. Eres un obseso sexual.

—Ah, ¿sí? ¡De modo que yo te parezco un obseso sexual...! ¡Pues espera que te informe sobre la noticia que trae el periódico! Oye, tienes whisky, claro.

—Claro.

—Pues vamos allá, luz de mi vida —Marsh pasó un brazo por los hombros de Carpenter, y lo encaminó hacia el amplio pasillo que conducía al salón del apartamento—. Oye, te lo juro, es una noticia como para caerse de culo. Imagínate que en... ¡Atiza! ¡El jefe!

Se quedó mirando asombrado al hombre que ocupaba un sillón en el salón, y que sostenía un grueso cigarro con sus fuertes dedos. El hombre sonrió divertido.

—Hola, Frank, ¿qué tal? —saludó—. Hace frío, ¿eh?

—Sí, señor —admitió Marsh—. Hace un frío de mierda que... Los rusos. ¡Seguro que los rusos nos han enviado esta ola de frío!

—Podría ser —admitió el hombre—. ¿Qué noticia ha merecido tanto interés por tu parte?

—De modo que ha estado escuchando. ¡Claro, todos los espías hacen igual...!

—*Hacemos* —recalcó el hombre—. Tú también eres un espía.

—¡Es verdad! —exclamó Frank—. ¡Lo había olvidado!

El hombre del cigarro sonrió. ¿Olvidado? Ni Frank Marsh ni Andrew Carpenter olvidaban nunca nada. Podían parecer el par de tontos más tontos del mundo, y esa era la ventaja: que lo parecían... sin serlo. Sí, tanto Marsh como Carpenter, cada uno a su estilo, eran capaces de engañar a cualquiera.

—Pues me alegro haberle pedido a Carpenter que te citase aquí, ya que así puedo recordártelo. Eres un espía. Pero, antes que nada, dime: ¿qué noticia te ha interesado tanto?

Frank Marsh se dejó caer en un sillón, mientras Carpenter iba a prepararle un whisky.

—Pues verá —dijo Marsh—. ¿Usted sabe dónde está Canadá?

—Más o menos.

—Debió estudiar más geografía... Bueno, supongamos que usted sabe dónde está Canadá, y que se va para allá. Concretamente a Niágara Falls, ya sabe, esa ciudad mitad norteamericana y mitad canadiense a donde va todo el mundo a pasar su luna de miel... ¿Está en camino?

—Ya estoy en Niágara Falls —asintió el hombre.

—Bueno, pues usted sigue carretera arriba. Hay muchas carreteras, esos canadienses no se privan de nada. Pero, en fin, sube usted Canadá arriba, llega usted al lago llamado Nipissing, que está a unas doscientas millas de Niágara Falls, es decir, de la frontera.

—Ya estoy en el lago Nipissing.

—En el Nipissing Lake, es decir, en su orilla Este, hay una pequeña localidad llamada Callander, a la que se llega por la carretera once, que es por la que usted ha estado viajando las últimas millas. Callander está muy cerca de otra localidad más importante, algo más al Norte, pero también en la orilla de lago Nipissing, y cuyo nombre es North Bay.

—Muy bien, ya estoy en North Bay.

—No, no. Está usted todavía en Callander, esa pequeña localidad junto a ese lago; si he citado North Bay ha sido sólo como referencia, para que usted no se perdiese.

—¡Ah! Muy amable... Bueno, pues me he quedado en esa pequeña localidad llamada Callander. ¿Qué hago allí?

—¿Que qué hace usted allí? Pues... Gracias, vida mía —miró Marsh a Carpenter, tomando el vaso de whisky—. Eres un amor. Te amo. Y ya que hablamos de amores...

—¿Qué hago yo en Callander? —insistió el hombre.

—¿Que qué hace usted allí? ¡Pues por poco listo que sea, ponerse las botas!

—¿Las botas de nieve?

—¡No, hombre! Es un modo de hablar: quiero decir que lo pasa usted fenómeno allá..., o sea, que tiene la ocasión de su vida de pasarlo bien... sexualmente. Claro que si no está usted para esos trotes, lo mejor que puede hacer es quedarse en Nueva York, ¿comprende?

—Comprendo. Pero dime cómo y por qué podría pasarlo bien sexualmente en esa localidad llamada Callander.

—Pues... ¡Demonios, allá se han vuelto todos locos de lujuria, se lo aseguro! Al menos, eso es lo que dice el periódico. La verdad, no sé si creérmelo... Según parece, la gente se ha lanzado a la calle a utilizar el gas... digo el sexo a todo gas. Ha sido como una locura colectiva. Dice la noticia que la gente incluso hacía el amor en plena calle. Nadie

hacía otra cosa, todos estaban dale que dale... ¿Comprende? O sea, que sin más, la gente se pone a... ¿Comprende?

—¿Quieres decir que la gente hacía el acto sexual en plena calle?

—¡Exacto! Pero no crea que se trataba de una pareja de jovencuelos «progre» ni nada parecido, no... Simplemente, de pronto, la gente empezó a perseguirse unos a otros en busca de placeres sexuales. ¡Ya le digo que había parejas que lo hacía en plena calle! Por todas partes había gente haciendo el amor, como si se hubiesen vuelto locos. ¡Algo increíble! Las autoridades están como locas, y la gente de Callander que no se dejó arrastrar por ese afán sexual se ha encerrado en sus casas, porque temen ser violados por el resto de sus vecinos... Claro que la cosa ya se ha calmado, pero durante un par de horas o más, vaya usted a saber si la noticia es exacta en esto, la gente se ha dedicado sólo a lo sexual... ¡La locura!

—Sí. Parece cosa de locura.

—¿Usted cree que eso puede ser cierto? —exclamó Frank.

—Hombre, no sé. Si lo dice el periódico... Yo más bien me inclino a creer que sí es cierto.

—¡Demontres! ¿Se imagina que sucediese lo mismo aquí, en Nueva York? ¿Se lo imagina? ¡Catorce millones de personas haciendo el acto sexual en la calle, en Central Park, en los cines, las cafeterías...!

—Menudo desastre —asintió el visitante de Carpenter.

—Hombre... Tanto como desastre... ¡El amor es bonito! De modo que he pensado irme a Callander, a pasar allá unos días... Así que olvídeme. ¡Cualquiera se pierde esta oportunidad! Según el periódico, va uno tan tranquilo por la calle y de pronto una mujer se le echa en los brazos, y... ¡hala!, a darle gusto al cuerpo. Pero no puede ser —Frank frunció el ceño—. ¡Claro que no puede ser cierto! Esta noticia debe ser una broma, o una equivocación, o...

—No es ninguna broma ni ninguna equivocación —rechazó el hombre—. Yo también me he enterado de eso, aunque por un conducto diferente a la prensa.

—¿De veras? ¿O sea que es cierto?

—Ciertísimo.

—¡Waahooo...! ¡No me dirá usted que no hay motivos para hacer el equipaje y salir a toda máquina hacia Callander!

—Vaya que sí. Me parece una buena idea.

—¿De veras? —Marsh parpadeó, desconcertado—. Entonces, ¿puedo irme allá? ¿No ha venido usted a encargarnos a Andy y a mí algún trabajillo para el servicio?

—Digamos que todos podemos quedar contentos.

Frank Marsh miró a su jefe, miró a Carpenter, bebió un sorbo de whisky, y, una vez más, para satisfacción de su jefe, demostró que no tenía un pelo de tonto.

—¿Ha venido usted para encárganos a Andy y a mí que vayamos precisamente a Callander? ¿Por qué? ¿Qué está pasando allí?

—Tú mismo acabas de explicar lo que está pasando allí.

—Sí, sí, pero..., ¿qué más está pasando en Callander?

—¿Ve como no es tonto? —sonrió Carpenter.

—Desde luego. Esa ha sido una inteligente pregunta, Frank. Veamos...

¿Te suena el nombre de Duncan Haliburton?

—Es uno de nuestros más eminentes científicos especializado en Biología —murmuró Frank—. Un hombre de relieve, muy estimado en el ambiente científico norteamericano, y, cómo no, por nuestro gobierno. ¿Correcto?

—Correcto, Bien, hace unos días, el profesor Haliburton salió de vacaciones. ¿Adónde dirás que fue?

—¿A Canadá? ¿A Callander?

—A Callander, Canadá —asintió el hombre—. De esto hace unos días... Pues bien, ayer fue hallado muerto en su habitación del «Lake Hotel», situado a orillas del lago Nipissing.

—¿Lo han... asesinado?

—Sería el más curioso asesinato de que tuviésemos noticia. Al parecer, a la espera de un dictamen definitivo del forense, el profesor Haliburton falleció a consecuencia de un colapso cardíaco, producido por un... esfuerzo excesivo.

—¿Estaba levantando pesas?

—Estaba desnudo, en la cama, y todo indica que se había dedicado a los placeres del sexo, y, al parecer, con tal entusiasmo que el esfuerzo le provocó el Colapso. El profesor Haliburton tenía sesenta y seis años.

—¿Quiere decir... que le ha ocurrido lo mismo que a los habitantes de Callander, que se había lanzado a una... orgia sexual?

—Eso es lo que parece. Sólo que el profesor Haliburton, al menos, tuvo la discreción de hacerlo en su habitación del hotel.

—Vaya... ¿Qué le parece? ¡Menudo susto se llevaría la mujer que estaba con él!

—Lo sabremos cuando la encontremos.

—¿No sabemos quién es?

—Creemos saberlo. Algunos agentes han realizado una discretísima y rápida investigación preliminar, a la espera de la llegada de personal de categoría a Callander para resolver este asunto... Esperamos recibir pronto esa información, tras la cual, los hombres que ahora están trabajando allí se... esfumarán, dejando el campo libre al personal especializado.

—O sea, Andy y yo —murmuró Marsh.

—En efecto. ¿Te suena el nombre de Amelie Beauregard?

—No.

—Es una científica canadiense, que vive en una discreta villa cerca de

Callander. Para que comprendas mejor te diré que la doctora Beauregard y el profesor Haliburton eran muy buenos amigos desde hace años, y que se visitaban con cierta frecuencia...

—¿Pudo ser ella la que estaba en la cama con él...?

—No. No, no... Las relaciones entre ambos eran puramente científicas. El profesor Haliburton dejó dicho que iba al lago Nipissing a pescar, pero, claro está, nosotros tenemos la certidumbre de que estos días antes de su muerte ha tenido contactos con la doctora.

—Parece lógico... ¿A qué se dedica esa doctora?

—No lo sabemos. Nadie lo sabe. Simplemente, trabaja en investigaciones privadas en su villa, y parece obvio que tiene el suficiente dinero para no depender de nada ni de nadie. Pero no lo sabemos a ciencia cierta, ni sabemos a qué se dedica exactamente. Pero sí sabemos algo de un científico alemán, llamado Karl von Worenz. Este científico, según se desprende de sus artículos en revistas especializadas, está trabajando últimamente en la consecución de un alimento concentrado que podría resolver muchos problemas de la Humanidad.

—Pues es un tío cojonudo, ¿no?

—Sin duda. Bien, lo cierto es que el profesor von Worenz desapareció de su residencia de Alemania Federal hace unos días. No parece que vaya a ser fácil localizarlo, pero... ¿dónde dirías que nuestros controles mundiales han creído localizar últimamente al profesor Karl von Worenz?

—En Callander.

—Bueno, no tanto, pero sí ha sido... husmeado en Canadá.

—Callander está en Canadá, ¿no? —gruñó Frank.

—Sin la menor duda. Pero lo que nos moviliza a nosotros es el asunto Haliburton. Si nuestro profesor Haliburton no hubiese ido a Callander, nosotros quizá no nos habríamos interesado demasiado por lo que allí ha ocurrido, ni por el profesor von Worenz, ni por la doctora Beauregard. Pero el hecho cierto es que Duncan Haliburton fue a Callander, y que ha muerto allí al parecer accidentalmente. Sin embargo, las preguntas están en el aire... ¿Qué fue a hacer Haliburton *realmente* a Callander? ¿En verdad su muerte ha sido accidental, debido a un colapso cardíaco producido por agotamiento? ¿Qué ha ocurrido en Callander para que la gente de allí se lanzase a hacer el amor en cualquier parte, estuviesen o no a la vista? ¿Puede ser que Karl von Worenz esté en Canadá... y concretamente en Callander? ¿Conocía von Worenz a Haliburton y a la doctora Beauregard? ¿Qué han podido decirse tres científicos de su indiscutible talla, uno de los cuales era un experto en Biología, el otro estaba o está todavía trabajando en la fabricación de un alimento concentrado..., y la tercera, esto es, la doctora Beauregard, está dedicada a algo que nadie

sabe...? ¿Cómo podríamos relacionar a estos tres científicos..., uno de los cuales desapareció de Alemania Federal para aparecer en Canadá, y el tercero, esto es, la doctora Beauregard, vive en Canadá?

—Es un buen montón de preguntas, señor —murmuró Frank.

—Sí. Y nosotros queremos las respuestas. De modo que vosotros dos iréis a Canadá, a buscarlas. Seréis dos periodistas.

—Muy bien... ¡Nabos! —rugió de pronto Marsh, comenzando a frotarse las manos—. ¡Nos vamos a Callander!

—¿Por qué te pones tan contento? —gruñó Carpenter—. ¡Allá debe hacer más frío que aquí!

—Sí, pero... ¡Bueno, ya veremos qué tal lo pasamos! Si la noticia del periódico es cierta, y parece que lo es —guiñó un ojo—. ¡Nos vamos a poner las botas!

—Me parece que no —dijo el jefe de ambos—. Precisamente, no saldréis de aquí hasta que lleguen las fotografías de von Worenz y las pastillas. Podéis dedicar todo ese tiempo a preparar ropa de abrigo. Espero que podáis salir antes de un par de horas; como sea, esta noche tenéis que estar ya en Niágara Falls, para salir por la mañana temprano hacia Callander. No hay mucho tiempo para perder, esa es la verdad.

—Sí, lo comprendo. Lo que no comprendo es eso de las pastillas... ¿Qué pastillas?

—Una variedad de bromuro.

—¿Una qué? —aulló Marsh.

—Una variedad de bromuro, muy eficaz, conseguida en nuestros laboratorios. Tomando esas pastillas uno ni siquiera recuerda que tiene... determinados órganos.

—¿Quiere decir que vamos a ir allá, como si fuésemos... eunucos?

—No hay que correr riesgos —sonrió el jefe.

—¡Pero eso... eso es una putada asquerosa...!

—Sí. Pero no quisiéramos que ustedes dos muriesen como el profesor Haliburton, de agotamiento.

—¡Pero qué agotamiento ni qué...! ¡Menuda marranada nos ha jugado usted, señor!

—Ya conoces nuestro lema, Frank: la vida ante todo.

—¡Pero vaya un asco de vida sin...! Oiga: está bromeando, ¿verdad? ¿A que sí? ¿A que está bromeando?

—No.

—¡Pues yo no voy a Callander!

—Vamos, Frank—refunfuñó Carpenter—, Déjate ya de tonterías. Sabes perfectamente que tú y yo llegaremos mañana a nuestro punto de trabajo.

CAPÍTULO II

Hacia las once de la mañana siguiente, Andrew Carpenter y Frank Marsh llegaron a Callander, en un coche alquilado en la Niágara Falls canadiense, y en el cual habían partido muy temprano de esta localidad.

Frank, que conducía, parecía estar muy contento, mientras que Andrew, sentado a su lado, estaba evidentemente disgustado. Los motivos estaban bien claros: hacía verdadero frío por allí, y aunque la calefacción del coche era óptima, la sola idea de abandonar el vehículo ponía escalofríos en la espalda de Andrew Carpenter. Odiaba el frío... ¡Lo odiaba!

—¡Qué lugar tan hermoso! —exclamó Frank, señalando el lago, que se divisaba a su izquierda—. Y parece un buen lugar para venir a pescar.

—¿Desde cuándo sabes tú algo de pesca?

—Bueno, sé lo suficiente de pesca.

—¿Ah, sí? ¿Por ejemplo?

—Pues sé que donde hay agua hay peces. ¿O no?

—O ranas, anguilas y gusarapos. Pero no peces.

—¿Crees que al profesor Haliburton le gustaba pescar gusarapos? —se pasmó Frank.

—No empieces con tus tonterías... Tenemos que cruzar Callander casi completamente, el «Lake Hotel» está al otro lado de la localidad, en la parte Norte.

—¡Wahooo...! ¡Cruzar el pueblo! ¿Y si nos ataca un rebaño de mujeres para violarnos?

—¿Por qué siempre tienes que decir tonterías en los momentos más desagradables? —gruñó Andrew.

—¿Momentos desagradables? ¿Qué tiene de desagradable este momento?

—Que nos vamos a helar de frío en cuanto salgamos del coche... Y otra cosa: no me gusta que digas «rebaño» de mujeres.

—Bueno, pues... manada de mujeres.

—Eres un machista.

—Claro que no —masculló Frank—: lo que pasa es que me gustan las mujeres. Sobre todo, una que yo me sé, y que...

—¿Sobre todo una? ¿Cuál?

Marsh sonrió irónicamente.

—¿Cuál va a ser, hombre? ¡Esa dama llamada Marie Claire Brien, la que se cargó al profesor Haliburton en la cama!... ¡Debe ser tremenda! ¿Te imaginas?

—Sigue, ¿quieres? —volvió a gruñir Andrew.

—Seguro que sí. ¡Allá voy, señorita Brien...!

—Espero de tu buen sentido que no busques complicaciones con esa

mujer.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes celos? ¡Pero si yo sólo te amo a ti, estrella guía de mi vida...!—alargó la mano, asió una punta del denso bigote de Andrew, y dio un tironcito—. ¿De quién es este mostachooo...?

—¡No seas pelmazo! ¡Y deja ya de meterte con mi mostacho!

—Es que me encanta. Me gusta tanto que... ¡Está bien, está bien, ya sigo!

Reanudó la marcha, hacia la entrada de Callander. Era un pueblo pequeño y tranquilo, limpio, agradable. Circularon lentamente por la calle principal, mirando a todos lados con interés, pero no vieron nada que justificase tanto interés. Era, o parecía, un pueblo como otro cualquiera de los que habían cruzado durante el viaje.

—Yo no veo a nadie haciendo el amor —expresó Frank su decepción.

—Quizá no les toque hasta dentro de una hora.

—¡Qué gracia! —farfulló Marsh, irritado—. En cambio, no sé si me hace gracia que estemos solos en este lugar. Quiero decir que a veces, un poco de ayuda

—No necesitamos a nadie. Al menos, yo, lo sabes muy bien.

—Pero quizá yo sí necesite ayuda.

—En ese caso, me tienes a mí.

—¡Oye...! —rió Marsh—. ¡Eso ha estado muy bien, muy ingenioso, muy fino...! Pero ocurre que, precisamente, yo no temo por lo que pueda ocurrirme a mí, sino a ti.

—Deja de preocuparte por mí.

—Es que te amo, ¿sabes?

Andrew Carpenter chascó la lengua como expresión de disgusto, y eso fue todo. Terminaron de cruzar Callander sin novedad y sin que su interés tuviese compensación alguna. Coches, gente a pie, algunas manchas de nieve en algunos tejados... Eso era todo. Un pueblo como otro cualquiera..., sólo que en él habían ocurrido cosas extraordinarias, y cerca de él vivía la doctora Beauregard, la que...

Carpenter movió la cabeza, como alejando estos pensamientos, sobre los cuales ya había especulado más que suficiente durante el viaje. Había quedado atrás el momento de pensar, y había llegado el de actuar.

—Me parece que ese es el hotel, querido Andy —dijo de pronto Frank. Carpenter miró hacia allí, y asintió. Sí, de acuerdo a los datos recibidos, aquél debía ser el «Lake Hotel». Lo era. Vieron su nombre en un lado de la entrada, bajo la marquesina, que les pareció a ambos de lo más agradable y coquetona. El nombre del hotel estaba bellamente grabado en una placa de reluciente latón.

—Oye —dijo Frank—, esto parece un sitio romántico... ¡Un lugar ideal para pasar la luna de miel!

—Ocupate del equipaje —gruñó Carpenter—. Yo voy a entrar

corriendo ahí dentro. ¡Y espero que haya calefacción!

—Claro que habrá. Lo que no parece haber es botones para que se ocupen del equipaje. ¡Pues sí que...!

Carpenter salía ya del coche. Entró en el hotel, y Frank se ocupó del equipaje. Dos maletas, nada más, aparte de los correspondientes maletines de viaje. Cargado con todo esto, Marsh entró en el hotel, divisó a Carpenter ante el mostrador de la conserjería, conversando con el hombre que le atendía, y se dirigió hacia allí.

—Amito, ya está aquí el equipaje, sí señor —dijo con tono arrastrado y dulzón—. Sí, señor, el equipaje lo he traído, si señor.

El conserje dejó de conversar con Carpenter, y miró pasmado a Frank, que le guiñó un ojo.

—No le haga caso —dijo Carpenter, con su suave y bien timbrada voz—. Siempre está diciendo y haciendo tonterías. ¿Hay alguien que pueda subírnos las cosas?

—Yo mismo les ayudaré. Bueno, si me dejan sus documentos los anotaré en el registro.

Carpenter y Marsh asintieron, complacieron al conserje, y éste, tras dejar los documentos en un cajón, asegurando que se los devolvería luego, cogió dos llaves del tablero, y salió de detrás del mostrador. El hotel tenía tres pisos, sin servicio de ascensor, y constaba de no menos de treinta y dos habitaciones, a juzgar por el número de una de las llaves que Carpenter vio en la mano del conserje.

—No parece que el hotel esté lleno, ¿verdad? —comentó Carpenter, caminando en pos del conserje hacia las escaleras.

—Suele estar lleno en verano. Por estas fechas casi no hay nadie, pues el aliciente mayor es la pesca, y en invierno se hiela uno de frío si se pasa unas horas en un bote en el lago. De todos modos, hay más gente de la habitual, con eso de... Bueno... La mayor parte son periodistas del país, y norteamericanos, como ustedes.

—Oiga, señor —dijo Frank—: ¿a usted también le entró la fiebre del sábado noche, señor?

El conserje volvió la cabeza para mirar a Frank un tanto sofocado, y no contestó. Por su parte, Carpenter se limitó a mirar ceñudamente a su amigo.

Un minuto más tarde, quedaban instalados en sus respectivas habitaciones, que estaban comunicadas, lo que complació muchísimo a Frank, que se apresuró a pasar a la de Andy. Lo encontró colocando ordenadamente sus cosas en el armario, como era su costumbre. Siempre pulcro, siempre ordenado, siempre perfecto.

—No dirás que tienes frío, ¿eh? ¡La calefacción es muy buena! —exclamó Marsh.

—Pero tú no la vas a disfrutar —lo miró Carpenter—. La señorita Brien está dando un paseo por ahí. Toma el coche y date una vuelta, a

ver si te enteras de adónde ha ido. Pero no hagas preguntas sobre ella.
—O sea, que yo tengo que salir a refrescarme la nariz, y tú te quedas en este nidito caliente.

—¿Algo que oponer?

—No señó —gruñó Marsh—. Yo obedezco al amito, sí señó. Pero si ocurre algo insólito, grita, y vendré a ayudarte.

—Frankie, me estás cansando con tus.

—Bueno, bueno, ya me voy. Hasta luego.

—Vuelve dentro de una hora, para el almuerzo.

—El amito es muy bondadoso, sí señó —masculló Marsh, regresando a su habitación.

Andrew Carpenter terminó de colocar sus cosas en el armario. Alzó el doble fondo de la maleta, sacó la pequeña pistola silenciosa, y tras mirarla pensativamente, la ocultó bajo el grueso chaquetón, en el bolsillo especial. Era una pistola tan pequeña que su bulto no se notó en absoluto. ¿Para qué usar grandes pistolas, si con una pequeña bien utilizada había siempre más que suficiente? Y si no se sabía utilizar una pistola, lo mismo daba que fuese una automática enorme. Era la puntería la que valía. Y respecto a puntería, ciertamente Andrew Carpenter no podía tener más.

Ya todo ordenado en la habitación según su gusto y costumbre, Carpenter encendió un cigarrillo, y se sentó frente a la ventana, baja y amplia, sin duda alguna pensando en conseguir unas excelentes vistas sobre el lago, cuyas aguas refulgían en tono metálico bajo el mortecino sol de invierno.

Marie Claire Brien, la escritora, estaba dando un paseo. Debía ser una mujer de buen temple, y de buen humor, para salir a pasear con aquel frío. Bueno, esto no era más que gustos personales. Lo que interesaba era conseguir en seguida una respuesta a las dudas de Carpenter: ¿aprovechaba la ocasión para echar un vistazo a la habitación de la señorita Brien? El informe sobre ella indicaba que había llegado sola a Callander, que era persona sociable, y que ocupaba la habitación 23, es decir, que estaba en el piso de abajo. ¿Valía la pena esa incursión a la habitación de la señorita Brien? ¿Valía la pena considerar a esta mujer como un... elemento especial colocado en el camino del profesor Haliburton con fines determinados? ¿O era más exacto aceptar que todo pudo ser... una casualidad?

Andrew Carpenter movió la cabeza. ¿Podía aceptar como casualidad que el profesor Haliburton hubiese muerto en su habitación, desnudo, tras haber estado haciendo el amor con la señorita Brien? En circunstancias normales, Carpenter no habría admitido esto jamás; habría dictaminado que la señorita Brien, o era una puta de ocasión de hotel, o su contacto con Haliburton había sido programado. Pero en las actuales circunstancias... Bueno, en unas circunstancias en las

que la mayor parte de la población de Callander se había lanzado a una orgía callejera, no era fácil obtener conclusiones dignas de crédito.

«De todos modos —pensó Carpenter, poniéndose en pie y dejando el cigarrillo en un cenicero—, no se pierde nada echando un vistazo a la habitación de esa escritora. Y aunque no traigo mi equipo habitual, espero no tener problemas con la cerradura de su puerta.»

Con esta idea, Carpenter salió de su habitación, llevando la llave de ésta. Tenía ya tal pericia en abrir puertas que a veces pensaba que le bastaba mirarlas para que se abriesen. Bajó al segundo piso, y buscó la puerta señalada con el número 23.

Y justo cuando estaba ante la puerta, su fino oído captó los pasos en la escalera. Alguien subía. Despacio, sin prisas, reposadamente. Carpenter se apartó de la puerta, y metió las manos en los bolsillos, como buscando algo... Apareció la mujer.

En el acto, Carpenter comprendió la muerte del profesor Haliburton por colapso; es decir, lo comprendió en cuanto la mujer se encaminó, directa, hacia la habitación 23, frente a cuya puerta se detuvo, llave en mano. Si aquélla era Marie Claire Brien, el pobre Haliburton, al menos, se había ido de este mundo con un buen recuerdo.

No es que la Brien fuese demasiado joven, pues ya debía estar en los cuarenta, pero tenía un rostro sereno y agradable, intelectualizado por las gafas de gruesa montura. Era rubia, muy rubia, lo que hizo presumir a Carpenter que llevaba el cabello teñido. Pero no había trampa en lo demás: su cuerpo era bien formado, prieto, de formas rotundas y macizas. Aunque, eso sí, lo que menos se podía pensar, mirando a la escritora era que fuese una mujer apasionada...

Ella había abierto ya la puerta, y Andrew Carpenter se acercó rápidamente, ocupando el umbral cuando la mujer se disponía a cerrarla.

—¿Señorita Brien?

Marie Claire Brien lo miró vivamente, con una incontenible expresión de alarma. Intentó ocultar su sobresalto, pero no lo consiguió. No a los ojos de Carpenter, desde luego.

—Sí... Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo Carpenter, señorita Brien. Soy norteamericano. Periodista. ¿Puede concederme unos minutos?

—Oh, es que... Bueno, tengo... tengo algunas cosas que hacer...

—La molestaré lo menos posible. Se trata tan sólo de hacerle algunas preguntas sobre el señor Haliburton.

—El... el señor Haliburton...

—¿No lo conocía usted?

—Oh, sí, sí... Es el... era el pobre hombre que... que falleció en... en la veintiséis de un... de un colapso, ¿verdad?

—En, efecto.

—Sí... Mire, si quiere saber cosas sobre él será mejor que pregunte a otras personas. Al conserje, por ejemplo, que atendió el asunto cuando vinieron autoridades estadounidenses a por el cadáver. O a otros periodistas que hay en el hotel, y en todo el pueblo... Seguramente le informarán mejor que yo.

—No creo —negó amablemente Carpenter—: ninguna de esas personas estaba con el señor Haliburton cuando éste falleció.

—¿Qué quiere, decir? —palideció la escritora.

—Me permito insistir en que sería más discreto que me dejase entrar, señorita Brien.

Marie Claire Brien tragó saliva, todavía titubeó unos segundos, y, por fin, se apartó. Carpenter entró, esperó a que la mujer cerrase la puerta, y le sonrió amablemente.

—Para evitarnos pérdidas de tiempo y que usted diga tonterías, señorita Brien, le advierto que sé perfectamente que usted estaba con el señor Haliburton cuando éste falleció.

—¿Que yo estaba...? ¡Cómo se atreve...!

—Vamos a hacer un trato usted y yo. Usted se deja de fingimientos, y yo mantendré la boca cerrada sobre esa parte del asunto que nadie sabe hasta ahora. ¿Le parece bien?

La escritora abrió y cerró la boca varias veces. De pronto, se dirigió hacia un sillón, y se sentó. Estaba visiblemente alterada. Carpenter acercó otro silloncito, y se sentó delante. Se quedó mirándola fijamente, y la mujer enrojeció.

—¿Qué pasó, señorita Brien?

—Yo... yo no he admitido que...

—Le aseguro que sincerarse conmigo sólo le reportará beneficios. Si no tiene nada que temer, seré tan discreto que hasta yo mismo olvidaré el asunto.

—¿Temer? ¿Qué podría temer? ¡Fue un accidente...! ¡Oh!

—Tranquilícese. No acaba de delatarse, puesto que yo ya sabía que usted estaba con Haliburton cuando él falleció. Mejor dicho, así parecían definirlo todos los informes al respecto.

—¿Qué informes?

—Los de unos amigos míos que han realizado una investigación preliminar. Esos amigos míos ya no están en Callander. Se han marchado, dejándome el campo libre para mí solo. Hay muchas cosas que quiero saber de lo ocurrido en Callander, y me ha parecido conveniente empezar por usted. ¿Confío en que vamos a conversar razonablemente y con sinceridad?

Tras los cristales de sus gafas, los ojos oscuros de la escritora se le veían muy abiertos, fijos en Carpenter. De pronto, la mirada de la mujer se desvió, hacia la ventana. Carpenter miró hacia allí, y vio la

mesa con una máquina de escribir, el sillón giratorio, la papelería llena de folios arrugados... Al lado de esta mesa había otra más pequeña, auxiliar, en la que se veían páginas en blanco, cigarrillos, una botella... Una botella de whisky canadiense.

La mirada de Carpenter regresó hacia la escritora.

—¿Le sentaría bien un trago? —propuso.

—Creo... creo que sí. Con agua, por favor.

Andrew Carpenter asintió, se puso en pie, y se acercó al lugar donde, evidentemente, trabajaba la escritora, de cara al lago Nipissing. Mientras escanciaba whisky en uno de los vasos echó una rápida mirada a la página colocada en la máquina. La existencia de diálogos le hizo comprender que Marie Claire Brien estaba escribiendo una novela. O eso parecía, al menos. Con el vaso en la mano izquierda, Carpenter fue al cuarto de baño, lo colocó bajo el grifo del lavabo, y echó un chorro de agua. Aparte de que no había visto ninguna botella de agua envasada, no era probable que se pudieran poner objeciones precisamente al agua canadiense.

Regresó ante Marie Claire Brien, y le tendió el vaso.

—Gracias —murmuró ella—. ¿Usted no bebe?

—No tan temprano, gracias. Acostumbro a tomar mis tragos a partir de las cinco de la tarde.

—Sí, lo comprendo... Bueno, yo no bebo demasiado, no crea. En ocasiones, cuando me atasco un poco en el argumento... Y siempre con mucha agua.

—Del mal, el menos —asintió Carpenter—. Bien, ¿qué pasó?

Marie Claire bebió un trago, y luego su mirada fue hacia la cama.

—Bueno, estábamos aquí, y entonces...

—¿Aquí? ¿No estaban en la habitación de él?

—No, no... Verá usted, el señor Haliburton y yo nos habíamos conocido hacía unos días, abajo, en el bar. Yo llevo aquí varias semanas, intentando terminar una novela. El señor Haliburton se enteró de que yo soy escritora, y en el bar se dirigió a mí, haciendo un amable comentario... Era un hombre muy educado y muy culto, no uno de esos que miran a un novelista como si fuese un bicho raro. Simplemente, se interesó por mi trabajo, de un modo muy correcto. Bueno, los dos estábamos solos, así que nos pusimos a charlar. Lo pasamos muy bien... De cuando en cuando da gusto conversar con alguien inteligente, ¿no le parece?

—Sin duda —sonrió Carpenter.

—Sí... Bueno, simpatizamos mucho, eso es todo. Él salía a pescar una hora diaria, y luego daba largos paseos.

—¿Le acompañó usted alguna vez?

—No, no. Yo siempre me quedaba aquí trabajando. Nos veíamos en el comedor, o en el bar, y nunca por medio de cita alguna...

Simplemente, nos encontrábamos allí, con los demás, sin darle mayor importancia y significado. Pero aquel día, después de almorzar, y mientras tomábamos café, la conversación entre ambos se hizo aún más interesante que otras veces. Ya le digo que era un hombre muy culto... Yo le estaba exponiendo mis atascos argumentales, y él se rió. Era un hombre muy amable... Bueno, dijo que quizá pudiese ayudarme, y la idea nos hizo gracia a los dos. Le dije que podía subir a mi habitación a tomar un whisky, y él aceptó...

—¿Subieron juntos?

—Pues... no exactamente, pero casi. Me parece que por instinto los dos fuimos discretos. Digamos que de un modo tácito ambos nos comportamos como si no tuviéramos intención de reunirnos en una habitación, pese a que nada censurable pensábamos hacer. Le aseguro a usted que ni por parte de él ni mía había el más ligero signo... de esa clase de cosas. A decir verdad, me pareció que él me trataba paternalmente, y en cuanto a mí, ni se me ocurrió valorarlo... en plan masculino, no sé si me entiende.

—Por supuesto que sí. Simple amistad y simpatía recíprocas, ¿no es eso?

—Exactamente. Bueno, subimos uno tras otro..., y ahora sé que alguien se fijó en nosotros. ¿Quién fue?

Carpenter vaciló un instante, pero se mostró amable al fin:

—Una persona que, evidentemente, sentía interés por el señor Haliburton.

—¿Por qué motivo?

—¿Usted no sabe quién era él?

—No comprendo.

—Duncan Haliburton era un importante científico norteamericano, por el que nuestro Gobierno sentía sumo interés. Entiendo que se le sometía a un sistema de discreta protección.

—¿Un científico...? —pudo murmurar la escritora, tras una sorpresa tan genuina y evidente que Carpenter comprendió que no mentía—. ¡Él no me dijo nada de eso! Parecía un... un simpático jubilado que descansaba pescando y paseando...

—Así son las cosas. Bien, subieron ustedes aquí, y ya sabemos que alguien se dio cuenta de ello. ¿Qué pasó luego?

—Pues... entramos aquí, yo me senté ante la máquina, y él se sentó a mi lado. Estuvimos conversando sobre mi novela, y tomando whisky con agua. De pronto, me di cuenta de... de que él me estaba mirando... de un modo raro.

—¿Raro?

—Bueno... Quiero decir que me pareció... advertir en él un cierto deseo... sexual. Me sorprendí un poco, pero me... me sorprendí aún más cuando me di cuenta de que yo también... ¡Oh, no sé qué pudo

ocurrir, no lo sé!

—¿Él se insinuó?

—¿Se insinuó? Vaya, él... él se puso en pie, se colocó detrás de mí, y me... me besó en la nuca. Luego, metió una mano por mi escote, y... y...

—Cuando se fue usted a dar cuenta ya estaban en la cama.

—¡Oh, Dios mío...!

—No hace falta que entremos en más detalles. Vamos al momento en que él falleció. ¿Cómo fue?

—Pu-pues estábamos... Bueno, los dos parecíamos... habernos vuelto locos, aunque yo no... no pensaba en esto entonces... ¡No sé lo que pasó! De pronto, él se... se quedó quieto. Yo le pregunté qué le ocurría, y como no contestara, lo aparté de... de encima mío y le... le insistí... Le vi los ojos, y comprendí en seguida que acababa de morir. En aquel mismo instante, todo pasó, me... me recuperé. Me quedé... horrorizada, aturdida, No podía comprender lo que me había pasado. Sólo pensé en que él había muerto en mi habitación, y... y que todo eso me... me iba a complicar mucho la vida.

—¿Lo llevó a su habitación usted sola?

—Sí. Él era un hombre más bien menudo, y yo... yo soy muy fuerte... Sí, lo... lo llevé allí, llevé luego sus ropas...

—En fin, que lo arregló todo de modo que nadie pudiese pensar que él había muerto aquí.

—Sí... Sí, sí. Después me quedé aquí, intentando serenarme... Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba... pasando algo extraño en la calle, y me... me asomé a la ventana. No podía creer lo que estaba viendo, y me pregunté... si era algo parecido lo que nos había afectado al señor Haliburton y a mí...

—De modo que vio usted lo que pasaba en la calle.

—Sí. Era tan increíble... Jamás había visto nada igual, ni se me había ocurrido que pudiera ocurrir. Había... había mujeres persiguiendo a hombres, y hombres que me pareció que estaban... forzando la voluntad de unas mujeres... ¡Cielos, era como una fantástica pesadilla!

—De la que, evidentemente, en Callander nadie quiere hablar —murmuró Carpenter—. Lo que me parece lógico. Supongo que las autoridades canadienses están realizando investigaciones sobre un hecho tan insólito.

—Sí, desde luego. Muy discretamente, parece como si nadie recordase nada y como si nadie estuviese haciendo nada, pero sé que están investigando, en efecto. Pero no se moleste usted en preguntar, porque nadie le dirá nada... Incluso puede que le miren como a un loco si hace preguntas sobre lo que sucedió.

—Comprendo la actitud de las autoridades, y de los que resultaron afectados —asintió Carpenter—. Bien, por el momento no tengo la

menor intención de complicarle la vida, señorita Brien, tal como hemos acordado. Sólo me pregunto si me ha dicho toda la verdad, o si, por el contrario, me está ocultando algo.

—¡Le he dicho toda la verdad!

—Muy bien. ¿Quién encontró el cadáver del señor Haliburton, y de qué modo?

—Bueno, yo... yo pregunté por él cuando bajé a cenar. Me pareció que eso era lo mejor para que todos pensasen que no sabía nada de él desde que nos habíamos separado después de almorzar... Total, que finalmente el conserje decidió subir a ver qué ocurría, y lo... lo encontré.

—¿Alguien ha sospechado de usted? ¿Alguien la ha interrogado de modo especial, o ha parecido... especialmente interesado por usted?

—No... Estoy segura de que no. ¡Si fuese así, estoy segura de que las autoridades canadienses ya me habrían interrogado!

Andrew Carpenter permaneció pensativo casi dos minutos. Por fin, hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Voy a rogarle que no hable con nadie de esto, y que no se marche del hotel. Siga haciendo la vida normal en este lugar. ¿Puedo contar con ello?

—Pensaba... hacerlo de todos modos. ¡La sola idea de que alguien se entere de lo que me pasó, de lo que hice con un hombre...!

—Tranquilícese. Sólo voy a hacerle otra pregunta, y me iré. Veamos: ¿notó usted algo extraño en su persona en algún momento, algún indicio de ese despertar de sus deseos sexuales..., algún olor, algún gusto especial, alguna indisposición..., algo extraño, en fin?

—No. Simplemente, de pronto, me encontré deseando que el señor Haliburton llevase adelante las intenciones que yo leía en sus ojos.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar, señorita Brien, que quizá el señor Haliburton, a su vez, vio esas mismas intenciones en los ojos de usted?

—¿Qué? —respingó Marie Claire Brien—, ¡Claro que no!

—Nos veremos a la hora del almuerzo —dijo Carpenter, encaminándose hacia la puerta—. Pero oficialmente, usted y yo todavía no nos conocemos. Gracias por su información. Y quede tranquila, ya le he dicho que nadie la molestará; al menos, por culpa mía. Adiós.

CAPÍTULO III

—O sea, que yo estaba paseando y pasando frío como un tonto, por si encontraba en alguna parte a la escritora, y mientras tanto, tú, bien calentito, ya estabas conversando con ella... ¡Pues sí que estamos bien!

—Deja ya de gruñir —Carpenter señaló hacia delante—. Me parece que estamos llegando.

—¡No desvíes la conversación!

—Lo hago por tu bien —le sonrió Andrew—: si te tomas las cosas tan a pecho se te va a indigestar el almuerzo. Y a propósito de almuerzos: esperemos que la doctora Beauregard también haya almorzado ya, y que no se niegue a recibarnos.

—¿Qué haríamos, en ese caso?

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá —rió Carpenter.

Marsh detuvo el coche frente a la casa. Una casa grande, aislada, rodeada de frondosos abetos que parecían deslizarse hacia el cercano lago. Era un lugar tranquilo, silencioso..., casi extraño, como un tanto irreal por su silencio y quietud. Eran poco más de las dos de la tarde, pero parecía que fuese a llegar la noche de un momento a otro. El cielo estaba encapotado, con un tono violáceo oscuro, casi negro.

—No nevará —dijo Marsh, echando un vistazo al cielo—, pero no me sorprendería nada que comenzase a llover torrencialmente ahora mismo.

—Lo que significaría más frío —gruñó Carpenter.

Salieron del coche, y se encaminaron hacia la puerta de la casa. El silencio era incluso inquietante. En el porche estaba ya encendida la luz, en dos apliques en forma de farolillos. Y precisamente la luz eléctrica allí parecía oscurecer el ambiente que les rodeaba.

Carpenter tocó el timbre.

—Te apuesto lo que quieras a que cuando salgamos, está lloviendo —dijo Marsh.

—¿Has traído paraguas?

—No. ¿Para qué? ¡Ya tenemos el coche!

Carpenter le dirigió una torva mirada de reojo. La puerta se abrió, y apareció un hombre vestido de modo corriente, y de unos sesenta años, que los miró amablemente.

—¿Qué desean?

—Un paraguas —dijo Marsh.

El hombre se desconcertó, pero Carpenter le hizo regresar rápidamente a la realidad razonable.

—Quisiéramos ver a la doctora Beauregard.

—¿Están ustedes citados?

—No. Pero tenemos la esperanza de que ella nos recibirá.

—Lo dudo mucho, señor. Cuando la doctora está trab...

—Dígale, por favor, que venimos de parte del profesor Haliburton.

El hombre parpadeó, lentamente, y su mirada se desplazó del barbudo Carpenter al bien afeitado Marsh. Los dos comprendieron que el hombre sabía perfectamente que el profesor Haliburton había fallecido.

—Pasen, por favor... Avisaré a la doctora.

—Muy amable —murmuró Carpenter.

El hombre cerró la puerta, los llevó a un saloncito de reducidas dimensiones, y salió, cerrando la puerta. Carpenter y Marsh se miraron. El primero encendió un cigarrillo.

—No deberías fumar tanto —reprendió Marsh.

—En eso tienes razón.

—¿Y en nada más?

—Y en lo de la lluvia —Carpenter movió la cabeza con gesto de atenta escucha—. Creo que ya está lloviendo.

—¡Y nosotros sin paraguas!

—Pero tenemos coche.

—Sí, sí, coche... ¿Y cómo vamos a llegar al coche sin mojarnos como ranas?

—Eso es lo que yo pensaba antes, cuando te pregunté si habías traído paraguas.

—Quizá la doctora Beauregard nos preste uno.

La doctora Beauregard apareció pocos segundos más tarde, y, nada más ver su expresión, Marsh comprendió que no era de las personas que prestan paraguas ni nada de nada. Era una mujer decididamente gorda, más bien fea, que no utilizaba ni una pizca de maquillaje, y que se peinaba como si fuese una obligación que había que terminar cuanto antes. Bajo la blanca bata manchada de líquidos de diversos colores y de abrasivos, debía llevar un par de jersey tan gruesos que sólo una mujer que ni siquiera sabe lo que es coquetería se atrevería a ponerse. Sus ojos, pequeños y vivos, azules, parecían desafiantes, casi agresivos.

—El profesor Haliburton está muerto —dijo, apenas llenar el hueco de la puerta con su corpachón casi esférico—. ¿Quiénes son ustedes y qué quieren? Les advierto que sólo puedo concederles un minuto.

—¿Y un paraguas? —sugirió tímidamente Marsh.

La mirada de la doctora pareció un par de dardos que pretendieran atravesar a Marsh. Carpenter terminó de aplastar el cigarrillo en un cenicero, y dijo:

—Venimos de Estados Unidos, doctora Beauregard..., donde no se ignora que el profesor Haliburton y usted eran buenos amigos.

—¿Y qué? ¿Tiene eso algo de malo?

—En absoluto. Tan solo sentimos interés por los últimos contactos

entre usted y el profesor. Ah, disculpe... Yo soy Andrew Carpenter. Mi compañero es Frank Marsh. Periodistas.

—Señor Marsh, señor Carpenter..., si ustedes fuesen periodistas sabrían que la doctora Beauregard *jamás* ha concedido ninguna clase de entrevistas a la prensa.

—Es de sabios cambiar de opinión —dijo simpáticamente Frank Marsh.

—Entonces, yo no soy sabia. Claro que ustedes tampoco son periodistas, así que estamos en paz. Buenas tardes. André les acompañará a la puerta.

El hombre de edad avanzada apareció por detrás de la doctora en cuanto ésta giró para abandonar el saloncito.

—Ni siquiera se ha cumplido el minuto, doctora —dijo sosegadamente Carpenter.

Amelie Beauregard se volvió, contempló con curiosidad a Carpenter, y casi sonrió.

—Eso es cierto. Puede hablar durante los pocos segundos que quedan, señor Carpenter.

—Gracias. ¿Le hizo alguna visita el profesor Haliburton mientras estuvo por aquí?

—Así es. Usted mismo ha dicho que éramos buenos amigos. Era lógico que me visitara, ¿no?

—¿Había entre ustedes algún... intercambio de... investigaciones científicas?

—Quizá.

—Doctora Beauregard, estoy en condiciones de ofrecerle a usted una acogida amable en los Estados Unidos...

—¿Por qué no habrían de ser amables conmigo los yanquis? —se sorprendió la doctora—. De todos modos, estoy bien aquí, gracias. Ya he estado en su país algunas veces, y no me entusiasma.

—La oferta concreta...

—Ahora sí que ha transcurrido el minuto, señor Carpenter. Y no me interesa ninguna oferta de nadie. Adiós.

Sin más, la doctora Beauregard abandonó el saloncito, quedando en la puerta de éste, en su lugar, el amable y reposado André, que señaló con elegante gesto hacia la puerta. Frank soltó un gruñido, y masculló:

—Y encima, apuesto a que no nos prestarán un paraguas.

—Les acompañaré con mucho gusto hasta el coche con un paraguas, señor —aseguró André.

—Nosotros preferiríamos...

—Vámonos —cortó Carpenter.

Salieron del saloncito. No parecía que hubiese en la casa nadie más, aparte de André y la doctora.

Efectivamente, estaba lloviendo, aunque no todavía con la intensidad

temida por Marsh; sin embargo, la negrura del cielo era tenebrosa. Se podía decir que ya era de noche, y ni siquiera eran las tres de la tarde. André acompañó a Marsh con un paraguas, pero cuando se disponía a hacer lo mismo con Carpenter, resultó que éste había corrido tras ellos, y ya estaba dentro del coche.

—Gracias, André —dijo Marsh— mis rizos y yo se lo agradecemos de todo corazón.

El hombre sonrió, y regresó hacia la casa. La puerta de ésta se cerró. Marsh miró a Carpenter.

—¡Qué éxito! ¿Eh? Tengo la impresión de que ni siquiera ofreciéndole cien millones de dólares, esa mujer te diría en qué está trabajando, ya sea sola o en colaboración con el malogrado Haliburton.

—Me pregunto —susurró Carpenter —dónde estará el depósito de aguas de Callander.

—Sí, se debe estar llenando... Pero si tienes sed, sólo has de sacar la lengua por la ventanilla. Aunque yo preferiría una buena botella de whisky... ¡O mejor todavía, de champaña! ¿Quieres que a ti te recoja agua en el hueco de mis manos, vida mía?

—¿No te ha parecido que la doctora Beauregard estaba de excesivo mal humor, Frank?

—Bueno... Se le ha muerto un buen amigo, ¿no?

—¿Te pondrías tú de mal humor si yo me muriese?

—¡Pero qué dices...!—respingó Marsh—. ¡Si tú te murieses, yo me suicidaría, me haría el harakiri, me...! ¿Mal humor? No. Creo que estaría tristísimo.

—¿Qué dirías de la doctora? ¿Que estaba triste o furiosa?

—Furiosa. Al menos, de mal humor. Pero... ¿qué tiene que ver eso con el depósito de aguas de la localidad?

—Llévame al pueblo.

—¿Qué quiere decir, que te lleve al pueblo? ¡Habrás querido decir que volvamos los dos al pueblo?

—Sí. Pero yo me quedaré en el hotel, y tú te dedicarás a localizar el depósito de aguas... sin hacer preguntas reveladoras a nadie. No quiero que sepan que queremos saber dónde está el depósito que abastece de agua potable a la localidad.

—De acuerdo. Cuando se habla en serio, se habla en serio. ¡No todo va a ser chirigotas!

—Así me gusta.

—Tengo una buena noticia para ti —sonrió Frank—: parece que no va a llover. Fíjate, parece que el cielo se esté volviendo de color blanco... ¿No será que va a nevar?

Andrew Carpenter dejó de mirar a su amigo y de reflexionar, para dirigir una mirada al cielo, que, en efecto, iba adquiriendo una tonalidad blanca..., de la que ya se desprendían copos diminutos.

—Pues sí que estamos bien... ¡Salimos de la nieve para meternos en otro lugar con nieve!

—Y esto no es nada —movió la cabeza Frank—, ¡Te apuesto lo que quieras a que aquí nieva con más furia que en casa! Ya me extrañaba a mí que sólo hubiéramos visto algunas manchas de nieve en los tejados... ¡La que nos espera!

—La que te espera —sonrió de pronto el barbudo Andrew—. Yo me voy al hotel, bien calentito, y en cambio tú vas a tener que pasearte por estos lugares.

—¿Sabes, amor de mi vida? —le miró simpáticamente Frank, al tiempo que le pellizcaba en la barba—: ¡con tal de estar contigo, yo soy capaz deirme a vivir a Groenlandia!

* * *

Minutos más tarde, se despedían frente al hotel. Andrew entró en éste, y Frank se dispuso a dar unas vueltas con el coche en busca del depósito de aguas... Caía una nieve todavía fina, pero muy densa, que el limpiaparabrisas iba apartando rítmicamente. Frank hizo un gesto de fastidio.

—Y si esto sigue así —dijo en voz alta—, tendré que salir del coche para poner las cadenas a las ruedas... ¡Vaya juerga!

Puesto que no tenía ni idea del lugar donde podía estar instalado el depósito, decidió atenerse a la lógica para iniciar la búsqueda, esto es, dirigirse en primer lugar tierra adentro, en busca de tierras más altas... Pero ¿y si resultaba que Callander no tenía depósito propio? Cerca de Callander, tierra adentro, estaba la también pequeña localidad de Corbeil; siguiendo la costa del lago, a unas cinco millas, hacia el Norte, estaba Nipissing Junction; y otras cinco millas más arriba estaba North Bay, la localidad más importante en muchas millas a la redonda.

No. No, no, no... Callander debía tener depósito propio, nada de ser una de las localidades servidas por un depósito común. No tenía la menor duda de que esto era así, porque había comprendido perfectamente cuál era la idea de Andrew Carpenter. Y sabía que Andrew se equivocaba muy pocas veces. A decir verdad, casi nunca.

Faso el coche en marcha, y poco después salía de Callander, conduciendo cuidadosamente. Si, sería inevitable poner las cadenas a los neumáticos. Menos mal que por aquellas latitudes ya sabían a qué atenerse, y todos los coches, incluyendo por supuesto los de alquiler, iban equipados con cadenas.

Por simple rutina, iba mirando el espejo retrovisor. Vio el coche que circulaba tras él, ya fuera del pueblo... Es decir, vio su contorno, y las luces de posición. Miró hacia el frente, y de nuevo el vehículo que iba detrás. El ambiente era fantasmagórico... Las luces de Callander

habían sido ya encendidas, y había en el aire como una luminosidad tornasolada, extraordinaria.

El otro coche seguía detrás.

Frank era un experto en parecer tonto, pero de eso a serlo había una distancia estelar. Bajó un poco la cremallera de su grueso chaquetón de piel, y metió la mano para asegurarse que podía empuñar la pistola con toda rapidez en caso necesario. Le disgustaba recurrir a las armas, pero todavía le disgustaba más convertirse en blanco de disparos ajenos. Ya en otras aventuras con Andrew había tenido esta clase de experiencias, y los recuerdos no eran agradables, por cierto.

Una súbita idea casi le hizo frenar de golpe: ¿sólo se ocupaban de él? ¿Y Andrew? ¿Acaso a él lo iban a dejar en paz?

Justo en el momento en que se disponía a dar la vuelta para emprender el regreso, el otro coche aceleró, y en pocos segundos estuvo junto al suyo. Frank deslizó la mano derecha bajo el chaquetón, sacó la pistola, y la colocó en su regazo. No era tan buen tirador como Andrew Carpenter, pero podía acertar una moneda de diez centavos a veinticinco metros..., lo que no estaba nada mal.

La ventanilla derecha del otro coche bajó, y Frank pudo ver al hombre. Tenía que ser un tipo con agallas, para soportar aquel frío exterior. O bien, se proponía dispararle a través del cristal de su ventanilla... Frank detuvo el coche en seco, y empuñó la pistola; unos metros más allá, el otro coche se detuvo, y el hombre que había visto a la derecha del que conducía, se apeó rápidamente, mostrando las manos en alto, sin arma alguna.

—¡Señor! —llamó, con extraño acento—. ¡Señor, escuche!

Frank vaciló. ¿Y si estaba cometiendo una equivocación?

Bajó la ventanilla, y gritó:

—¿Qué quiere?

De su boca salió un amplio chorro de vapor; el otro comenzó a acercarse, siempre con los brazos en alto, también lanzando chorros de vapor por la nariz. Llegó junto a la ventanilla, y se inclinó para mirar a Frank. Entonces, vio la pistola que éste empuñaba, y sonrió.

—Señor, queremos hablar con usted nosotros, ¿comprender?

—Ya está hablando. ¿Qué quiere?

—El amigo de usted, el señor de la barba, está con amigos nuestros, ¿usted comprende?

Frank sintió como un brutal pellizco en el estómago.

—¿Qué quiere decir?

—Dos amigos míos, dos —el hombre mostró dos dedos separados—, están con su amigo el señor de barbas. Lo tienen. Nosotros queremos tenerlo a usted, conversar. ¿Sí?

—¿Han capturado a mi amigo?

—Sí, señor —sonrió de nuevo el hombre—. Eso: capturado. Pero nada

malo, sólo conversar. Si usted es antipático, su amigo *kaput*, señor. Si hablamos, todos bien.

¿Y si estaba mintiendo? Capturar a Andrew Carpenter no era nada fácil, aquellos tipos no sabían cómo las gastaba Andrew... Pero también podía ser cierto, ¿por qué no? Nadie es invencible ni infalible. Y la idea de que a Andrew le ocurriese algo malo por su culpa le pareció terrible.

—Bueno, hablemos —aceptó.

—Frío, señor. Usted viene por favor a coche nuestro, señor. Nada malo, juro. Sólo conversar.

—¿Es usted alemán?

—Usted viene, señor. ¿Sí? Deje coche ahí, y viene a coche nuestro. Gracias.

—Está bien.

Frank se dispuso a guardar la pistola bajo el chaquetón, pero el hombre movió un dedo negativamente.

—No señor, pistola no, por favor. Pistola deja usted aquí, si es tan simpático.

—La madre que te parió... —masculló Frank.

—¿Decir usted a mí, señor...?

—Nada. De acuerdo, pistola dejo aquí, señor.

—Gracias, señor.

Apartó el coche, y salió dejando la pistola en el asiento. El hombre, que había seguido el coche, no sólo miró sus manos, sino que miró al interior del coche, vio la pistola, y sonrió una vez más. Señaló hacia el coche donde esperaba su compañero, y Frank comenzó a caminar... Captó el veloz movimiento del supuesto alemán, pero cuando quiso reaccionar ya era tarde: el desconocido se había apoderado de su pistola, y le apuntaba firmemente.

—Señor, vaya al coche, por simpatía, gracias.

—Tu padre —masculló Frank.

Reemprendió la marcha hacia el otro coche, que también se había salido del camino, unos metros más adelante. Las luces fueron apagadas, y el conductor salió del vehículo. Quedó en el ambiente aquella luz lechosa, como tornasolada.

Por supuesto que eran alemanes. ¿Acaso no se decía que el científico alemán Karl von Worenz estaba en Canadá, presumiblemente en contacto con la doctora Beauregard? Igual que él y Andrew habían llegado a Callander en pos de la pista del profesor Haliburton, los alemanes podían haber llegado en pos de la pista de Karl von Worenz. Llegó ante el otro hombre, tan alto, recio y fuerte como el que tenía detrás apuntándole con la pistola.

—¿Es usted de la CIA? —recibió la pregunta a bocajarro.

—¿De qué tía? —preguntó Frank.

—¿Perdón? No comprendo... ¿La CIA?

—La tuya.

—Señor, nosotros no hablamos todo bien inglés, ¿comprende? Usted amable de usar lenguaje sencillo, ¿sí?

—Pues no comprendo que envíen a un sitio donde se habla inglés a gente que no lo habla bien.

—Oh, señor, cierto, verdad. Usted tiene razón. Cuestión de improvisación... Sin embargo, sí hay aquí amigos nuestros que hablan inglés perfecto. Nosotros sólo ayudar, ¿comprende?

—Comprendo. ¿Esos amigos son los que están con mi amigo?

—Cierto correcto, señor. Ahora usted nos dice: ¿es de la CIA?

—No.

—Ah, no. ¿No? Diga entonces, ¿qué fue a hacer a casa de la doctora Beauregard?

—Es mi amante.

Vio por la expresión del hombre que tenía frente a él que no le había comprendido bien. Por detrás de Frank, el hombre que lo había sacado del coche comenzó a hablar rápidamente en alemán. El que tenía delante frunció el ceño.

—Su actitud no buena, señor. Nosotros amables educados, pacíficos. Su actitud no buena amable. Señor: ¿qué fueron usted y el amigo a decir a doctora Beauregard? ¿Qué ver allí? ¿Qué tratar, qué hablar?

—Mi amigo y yo somos periodistas. Fuimos a intentar una entrevista con la doctora Beauregard para nuestro periódico.

El hombre que tenía enfrente no dijo nada. Sólo le miraba. Dos finos chorros de vapor salían periódicamente de su gruesa y sólida nariz. De pronto, el chorro de vapor salió por la boca, Frank oyó la palabra en alemán, incomprensible para él. Pero, a su espalda percibió un rumor, y comprendió.

En el momento en que iba a volverse, recibió en la espalda, justo sobre los riñones, el tremendo golpe con la pistola. Lanzó un bufido más de furia que de dolor, y, aprovechando el impulso del golpe, continuó hacia delante, recogió el puño derecho, y lo disparó cuando llegaba ante el otro alemán. Este estaba ya gritando su sobresalto, y había iniciado el salto hacia atrás, pero no pudo evitar completamente el golpe, que le acertó en plena nariz y lo derribó aparatosamente de espaldas.

La delgada capa de nieve crujió detrás de Frank, que casi había perdido completamente el equilibrio hacia delante...

¡Clock!, resonó su cabeza como si un petardo acabase de estallarle dentro; un petardo enorme, que la llenó de miles de lucecitas de colores.

Cayó primero de rodillas, y luego de cara, parando el golpe, por simple instinto, con las manos. Notó el frío de la nieve en la boca y en

la cara, y, como de muy lejos, llegaron las voces en alemán. Ladeó la cabeza, estiró los párpados, y vio una silueta incorporándose, acercándose a él.

Recibió el puntapié en un costado, y lanzó un berrido al tiempo que giraba debido al golpe.

¡Crack!, sonó el seco trallazo de un disparo.

Oyó el grito de dolor por encima de él, y algo pesado cayó sobre su espalda, aplastándolo dolorosamente. Con un esfuerzo, se revolvió, vio por un momento el rostro del alemán, muy abiertos los ojos, y en seguida vio al otro, de perfil con respecto a él, y disparando hacia el bosquecillo de abetos con su pistola.

Los estampidos resonaban fuertemente, y los fogonazos iluminaban en rojo el rostro del otro alemán, que de pronto saltó hacia donde había caído su compañero, y se arrodilló a su lado, dándole la vuelta y llamando:

—¡Hank... Hank...!

Vio los abiertos ojos del otro, y en el acto, como había comprendido Frank, él también comprendió: su compañero estaba muerto. La mirada del alemán saltó hacia Frank, que dudaba entre simular estar también muerto o pasar al ataque, aunque ya no entendía nada de nada. En una milésima de segundo, viendo la mirada del alemán, Frank comprendió que había dejado escapar el tren de la vida: el alemán iba a disparar contra él, se proponía matarlo. Inició la tensión de músculos para saltar al mismo tiempo que el alemán movía la pistola orientándola hacia él.

¡Crack, crack!, sonaron dos disparos más. El alemán lanzó un alarido, y giró sobre sí mismo, soltando la pistola de Frank. Rodó sobre la nieve, se puso de rodillas, y miró de nuevo hacia los abetos, donde volvieron a sonar disparos. El alemán se dejó caer hacia atrás, rodó de nuevo, se metió en el coche de un salto, y Frank oyó en seguida el zumbido del motor al ser puesto en marcha... El coche salió disparado, apagadas todas las luces.

Frank se puso en pie, con la intención de recoger su pistola, ir a su coche, y salir en persecución del alemán. Consiguió hacer sólo una parte de esto: llegó junto a la pistola, se inclinó a recogerla, y entonces la cabeza le dio un millón de vueltas, y cayó de bruces sobre ella, súbitamente sumergido en una densa negrura.

Como procedentes de otro mundo, oyó voces. Alguien le movió. Frank abrió los ojos, fatigosamente... Vio una larga cabellera rubia, el brillo de dos grandes ojos.

La voz femenina llegó como del último rincón del universo.

—El americano está vivo.

Frank no oyó nada más.

CAPÍTULO IV

Desde el interior del coche estacionado cerca del «Lake Hotel», Joseph y Max vigilaban la puerta de éste. Joseph era un sujeto alto y fuerte. Max no podía ocultar que era una mujer ni siquiera con aquel gorrito de piel que recogía sus cabellos, ni con la total ausencia de maquillaje. Una hermosa mujer, de grandes ojos verdes, boca carnosa que Joseph había estado mirando de reojo, y un cuerpo sensacional, oculto ahora bajo el largo abrigo de piel vuelta. Si por Joseph hubiese sido, ciertamente que no habrían estado allí, sino en otro sitio mucho más agradable...

La aparición de otro coche distrajo a Joseph de sus pensamientos acerca de lo grato que sería pasar la noche con su compañera y jefe de grupo, la bella Max Storm.

—Es el coche de ellos —dijo Max—. ¿Cómo se les ha ocurrido venir aquí con el americano?

Del coche recién aparecido llegó un breve toque de claxon. Max y Joseph se miraron, y la primera murmuró:

—Ve a ver qué pasa.

Joseph asintió, y salió del coche; cruzó la calle, llegó junto al otro vehículo, y se metió dentro. Frente al volante, Max miraba hacia allí, inquieta..., y comprendió que su inquietud estaba justificada cuando Joseph se apeó, y su rostro le pareció aún más blanco que la nieve que caía mansamente. Segundos más tarde, Joseph se sentaba de nuevo a su lado.

—Es Peter —murmuró—. Está herido. Han matado a Hank.

Max también palideció.

—¿Quién lo ha matado? ¿El americano?

—No. Alguien que, al parecer, le ayudó desde la sombra. Peter no pudo ver a nadie. Los tirotearon desde el bosquecillo. Peter ha podido escapar de verdadero milagro. No sabe nada más.

Max tomó una rápida decisión:

—Ve con Peter, a ver si podéis recoger el cadáver de Hank. Pero sin riesgos. Si no es posible, dejadlo. Luego, avisad a Erich de lo sucedido, y decidle que siga vigilando la casa de la doctora, pero extremando las precauciones. Tú y Peter esperadme donde ya sabes.

—¿Qué vas a hacer tú, aquí sola?

—Si el otro americano sigue ahí dentro —señaló hacia el hotel la bella Max Storm —significa que no sabe nada de lo sucedido. Si alguien le hubiera avisado, habría salido a toda prisa, ¿no?

—Parece lógico.

—Voy a entrar a hablar con él.

—Eso puede ser muy peligroso.

—Yo también soy peligrosa. Haced lo que he dicho.

Joseph titubeó un par de segundos, pero optó por obedecer las órdenes de Max. Ella mandaba, no había más que hablar. Y si le habían dado el mando, por algo sería.

Por su parte, Max esperó a que el coche de sus compañeros se alejase. Entonces se apeó, y, tranquilamente, entró en el hotel...

En el hotel, sentado en uno de los confortables sillones del vestíbulo, Andrew Carpenter vio entrar a la hermosa y alta mujer de grandes ojos verdes, pero simuló no reparar en ella y continuó conversando con Marie Claire Brien sobre qué se había dicho en Callander respecto a las personas que se habían disparado sexualmente en aquella extraña jornada de locura... Sin embargo, no tuvo más remedio que seguir prestando atención a la bella desconocida, porque ésta, hablando con el conserje, estaba señalando hacia él y la escritora. Y, tras recibir respuesta por parte del conserje, la muchacha de los verdes ojos caminaba ahora hacia ellos...

—¿Señor Carpenter?

Este apretó un instante los labios bajo el tupido bigote.

—¿Qué desea? —preguntó, mirándola atentamente.

—Le agradecería unos minutos de charla a solas, señor Carpenter. Es sobre su compañero, el señor Marsh.

Andrew parpadeó. Miró a Marie Claire.

—¿Le parece que continuemos luego nuestra charla?

—Oh, sí —aceptó la escritora, poniéndose en pie con gesto de alivio

—. Sí, sí. ¡Ya nos veremos luego!

Se alejó rápidamente hacia el bar, más concurrido que el vestíbulo. Max se sentó en el sillón que la escritora había dejado vacante.

—¿Qué ocurre con mi compañero? —preguntó Andrew.

—Lo hemos capturado. Pero no se preocupe: él está bien..., por ahora.

—Ya. Muy bien: ¿qué es lo que quiere usted, señorita...?

—Llámeme Max... Aunque mi nombre completo es Maximiliana.

—Comprendo que utilice la abreviatura, Max.

—Sí —sonrió ésta—. Usted tiene cara de comprenderlo todo, pese a esas barbas. Me gustan las barbas. Soy alemana, señor Carpenter...

¿Le dice esto algo?

—Quizá.

—Le aseguro que mi actitud es pacífica, aunque haya dado orden de capturar a su compañero.

—Ya he comprendido eso. Lo llamo «guardarse las espaldas». Y me parece bien, si lo que usted pretende es evitar derramamiento de sangre.

Ahora fue Max quien apretó un instante los labios antes de murmurar:

—¿Están usted y el señor Marsh solos en esto?

—Sí.

—¿Han venido a Canadá por lo del profesor Haliburton?

—Sí.

—Bien. Nosotros estamos aquí en pos del profesor Karl von Worenz. Me parecería ingenuo por su parte que negase conocerlo.

—Sé quién es el profesor von Worenz.

—Por supuesto. Y también debe saber que el profesor von Worenz está invitado en la casa de la doctora Beauregard.

—Solamente lo sospechaba. Lo sé ahora.

—¿Solamente lo sospechaba? Sin embargo, usted y su amigo estuvieron en casa de la doctora... ¿No vieron allí a von Worenz?

—No. La doctora nos concedió un minuto de su tiempo, nos negó toda conversación, y nos echó de su casa. Solamente la vimos a ella y a un hombre llamado André, que debe ser su criado.

—Sí. Hay otro sirviente en la casa, una muchacha llamada Lucy. Creo que hay dos hombres más, aparte del profesor von Worenz y, naturalmente, la doctora Beauregard.

—Es muy amable de su parte facilitarme esa información, pero no comprendo adónde quiere usted ir a parar.

Max pareció reflexionar durante unos segundos.

—El profesor von Worenz —comenzó de pronto —escapó de la Alemania Federal.

—¿Escapó? ¿O simplemente se fue?

—Bueno, en mi opinión, una persona se va de un sitio si lo hace abiertamente, sin misterios ni secretos. No fue ese el caso de von Worenz, que salió subrepticamente. Considerando que Alemania no es Rusia, esto nos llamó la atención más que si hubiese salido abiertamente. De modo que nuestros... servicios se interesaron por el viaje del profesor. Durante unas horas, lo perdimos. Luego, recuperamos su pista, y ahora sabemos que está con la doctora Beauregard.

—Entendido. ¿Qué más?

—El profesor von Worenz es una persona estimada en nuestro país. Y apreciada en lo mucho que vale..., como supongo sucedía con el profesor Haliburton en Estados Unidos. Nosotros, señor Carpenter, queremos que el profesor von Worenz vuelva a casa.

—Me parece lógico.

—Pero quizá no esté de acuerdo con nuestra pretensión.

—¿Por qué no?

Max se desconcertó visiblemente.

—¿No están ustedes aquí para llevarse a Estados Unidos al profesor von Worenz y a la doctora Beauregard?

—No. Y no entiendo por qué no lo han hecho ustedes ya. Sólo tienen que entrar en esa casa y llevarse al profesor von Worenz... No creo que la gente que hay ahí dentro pudiera hacerles frente.

—Es cierto. Pero hay algo que nos tiene preocupados, señor Carpenter:

con el profesor von Worenz, evidentemente, está trabajando la doctora Beauregard, o quizá sea al revés, quizá sea von Worenz quien está trabajando con ella. Y también evidentemente, el profesor Haliburton estaba trabajando con ellos. Muerto el profesor Haliburton de modo tan... insospechado, sólo quedan la doctora y von Worenz. Lo que nos preocupa es: ¿sería suficiente que nos llevásemos a von Worenz, o necesitaríamos también a la doctora Beauregard? Porque si fuese así, la cosa es más complicada.

—Sin duda. Una cosa es «recuperar» el profesor y otra cosa muy diferente sería «secuestrar» a la doctora.

—Exacto. Y sin embargo, tengo el presentimiento de que el uno sin el otro, en este caso, no serían demasiado útiles. Cuando personas de esa valía científica se unen, es por algo, debemos entender que cada uno aporta algo a un nuevo logro científico. ¿Podría el profesor von Worenz decirnos cuál es ese logro científico... sin la colaboración de la doctora Beauregard?

—Lo ignoro. Y considerando su... paciencia, me inclino a creer que es más cálculo que paciencia; simplemente, ustedes no han ido a por von Worenz porque están preparando el modo de llevarse también a la doctora Beauregard.

Max sonrió, entre divertida y admirada.

—¿De verdad no es eso mismo lo que están tramando ustedes, los americanos?

—No.

—Sorprendente. Esta actitud tan... limpia, este juego limpio me hace suponer que todo lo que están ustedes haciendo aquí es investigar sobre las causas de la muerte del profesor Haliburton.

—A decir verdad —sonrió irónicamente Carpenter— también nos gustaría mucho saber qué venía a hacer aquí el profesor Haliburton con la doctora Beauregard. A nosotros también nos gustaría saber cuál es ese... logro científico que ha unido a Haliburton, von Worenz y la doctora Beauregard.

—Lo comprendo —sonrió Max—. ¿Le parece que hagamos un trato?

—¿Cuál trato?

—Nosotros tenemos a su amigo, el señor Marsh. Pues bien, se lo devolveremos, sano y salvo, a cambio de la doctora Beauregard y el profesor von Worenz.

—Me parece que no he entendido muy bien.

—Oh, vamos... ¡Claro que ha entendido! Usted se las arregla para llevar a von Worenz y la Beauregard donde le diremos, y nosotros le devolveremos a su amigo Marsh. Aparte, todo lo que consigamos que nos digan la doctora y el profesor podrá usted oírlo también. Digamos que mi país y el suyo compartirían ese logro científico.

—Ya. Pero si las cosas no salen bien, seríamos nosotros, los

americanos, quienes habremos intentado secuestrar a la doctora Beauregard y al profesor alemán Karl von Worenz. ¿No es eso?

—Es usted muy listo —rió Max—. ¿Bien? ¿Acepta?

—Supongamos que no.

—Dígame adónde quiere que le enviemos el cadáver de su amigo.

—Puedo matarla yo a usted ahora mismo, Max.

—Inténtelo.

Andrew Carpenter estuvo unos segundos mirando fijamente a Max. Luego, con discretísimo gesto, miró alrededor. Cuando volvió a mirar a Max, su ceño estaba fruncido.

—No veo cerca de aquí ningún peligro para mí.

—Quizá sólo estoy fanfarroneando —sonrió Max.

Andrew Carpenter también sonrió.

—¿Qué garantías tengo de que usted cumplirá su parte del trato? —preguntó.

—Solamente mi palabra.

—No es mucho. A mi vez, voy a ofrecerle otro tanto: deje libre a mi compañero, y entre los dos secuestraremos a la doctora y al profesor..., y permitiremos que usted escuche lo que ellos tengan que decir.

—No hay trato, señor Carpenter.

—Espere, todavía no he terminado. Iba a decir que después de escucharlos a ellos, cada grupo podíamos quedarnos con uno. Ustedes se llevan a von Worenz, y nosotros a la doctora Beauregard.

—¿Sabe que es usted muy listo?

—Eso dicen —sonrió de nuevo Carpenter.

—Pero no parece muy fuerte.

—Mi compañero y yo formamos un binomio inteligente: él pone los músculos, y yo el cerebro. De todos modos, soy mucho más fuerte de lo que parezco. Y usted es muy bonita.

—Gracias —rió Max—. Bien, ¿qué hacemos?

—¿Tiene coche?

—Por supuesto.

—Vamos allá.

Carpenter se puso en pie, y Max le imitó rápidamente. Salieron del hotel, y segundos después estaban ambos sentados en la parte delantera del coche, Max al volante. Carpenter metió la mano bajo el chaquetón, pero el gesto de alarma de Max desapareció en seguida al ver que el americano sacaba un paquete de cigarrillos..., que no era tal, como quedó demostrado cuando Andrew tiró de uno de los cigarrillos y musitó:

—¿Frank?

No hubo respuesta. Carpenter insistió varias veces, pero el resultado fue el mismo. Max le miraba procurando sonreír, pero felicitándose

por su buena suerte: por lo que fuese, Marsh no podía contestar a Carpenter. Si lo hubiese hecho, toda su astuta jugada se habría venido abajo.

—¿Convencido de que lo tenemos? —preguntó.

Carpenter guardó la radio, y señaló hacia delante.

—Quiero verlo, para asegurarme de que está bien. Pero, Max, se lo advierto —se volvió a mirar a la alemana, con fría fijeza—: si a Frank le ha ocurrido algo, será mejor que se las arregle cuanto antes para ponerse fuera de mi alcance. ¿Me he explicado?

—No está en situación de amenazar, Carpenter.

—Son puntos de vista. Vamos a ver a Frank, y si él está bien, estudiaremos una solución intermedia para un convenio entre nosotros. Pero recuérdelo: si Frank no está bien...

No dijo más, pero tampoco hacía falta. Max puso el coche en marcha, pensando que se había metido en un buen lío. Desde luego, podía llevar a Carpenter a la casa donde ellos habían instalado su cuartel general, pero ella sabía que Frank Marsh no estaría allí. ¿Qué había pasado y dónde se había metido el maldito Frank Marsh...?

CAPÍTULO V

La tapa del portamaletas se alzó, y Frank parpadeó al recibir en los ojos el resplandor de la luz eléctrica. Eso fue todo lo que pudo hacer. Desde que había recobrado el conocimiento (que estaba seguro había perdido por muy poco tiempo), se había dado cuenta de que estaba atado de pies y manos, y además, sólidamente amordazado; el siguiente descubrimiento había sido el de que viajaba en un vehículo, sobre el cual también muy pronto obtuvo conclusiones: un automóvil. Luego, recordó a la rubia. Sí, una chica rubia, de largos cabellos, grandes ojos... ¿O la había soñado?

No. No la había soñado... La cabeza de la rubia apareció en el hueco, y Frank vio en seguida su larga cabellera, sus grandes ojos sonrientes. Tenía una boca preciosa, que sonreía.

—¡Hola! —saludó jovialmente—. ¿Se encuentra bien?

—¡Mmmm!—contestó Frank.

La rubia rió, y le quitó la mordaza. Frank aspiró profundamente, y exclamó:

—¡Tengo frío!

—Pronto entrará en calor —volvió a reír la rubia—. Lo vamos a sacar de aquí, pero pórtese bien. No me gustaría tener que matarlo después de haberle salvado la vida.

Frank fue a preguntar algo, pero una enorme cabezota apareció junto a la de la muchacha. Enorme era poco: era la cabeza humana más grande que Frank había visto en su vida, y aún lo parecía más debido a la larga y esponjada melena rizadísima que formaba como una aureola negra.

La rubia captó el pasmo de Frank, y dijo, riendo de nuevo:

—Lo llamamos «Terranova», señor Marsh, porque es fuerte, grande y fiel como estos perrazos. Pero no se asuste: «Terranova» es inofensivo..., si nadie le molesta. Ahora, vamos a desatarle... ¿Será buen chico?

—¡Qué remedio! —masculló Frank, mirando las enormes manos de «Terranova», que se acercaban a su cuerpo.

Pero la rubia no contaba sólo con la ayuda de «Terranova», sino de otros dos hombres, de los que en seguida supo Frank que se llamaban Jacques y Bill, y que, junto con la rubia, eran los que le habían salvado del apuro con los alemanes. «Terranova» ayudó a Frank a salir del maletero, y quedó junto a él, mirándole con gesto simpático y bonachón. Frank, cuya estatura superaba el metro ochenta, tuvo que alzar la cabeza para mirar al canadiense, que amplió su simpática sonrisa.

Luego, miró a la rubia.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—Soy Ángela.

—Aaaah... ¿Y a qué se dedica?

—Venga conmigo. Conocerá a Jean Louis.

—*Okay*. Oiga, Ángela: ¿le importa que... vaya al excusado?

—Claro que no —Ángela se echó a reír divertidísima—. Pero si lo hace para utilizar esto y llamar a su amigo Carpenter, ya ve que no va a ser posible. ¿Realmente tiene ganas de orinar?

Frank desvió la mirada del paquete de cigarrillos que sostenía Ángela, y soltó un gruñido.

—Ya no —farfulló—. Se me han ido.

—La radio que hay dentro de este paquete estuvo sonando antes, pero me pareció mejor no complicarme la vida, y no hice caso a la llamada. Supongo que era su amigo Carpenter.

—Yo también lo supongo. ¿Cómo sabe nuestros nombres?

—Tenemos un buen servicio de información en la casa de la doctora Beauregard. Nos enteramos de que ustedes estuvieron allí, pero no hicimos mucho caso. Sin embargo, la cosa cambió cuando nos dimos cuenta de que alguien más intervenía en el asunto. No sabíamos eso... ¿Quiénes eran los hombres que le capturaron?

—Stan Laurel y Oliver Hardy.

—Ah. ¿Y quiénes son...? ¡Oh! ¡Buena broma! Pero me parece que no eran esos cómicos de los viejos tiempos. Vamos, señor Marsh, sea amable conmigo. ¿Quiénes eran?

—Dos alemanes. No sé más.

—Dos alemanes... Claro —Ángela reflexionó unos segundos—. Sí, eso tiene sentido. Y me parece que a Jean Louis no va a gustarle la intervención de los alemanes. Aunque es lógico que hayan intervenido, por supuesto. Bueno, vamos allá. Ven con nosotros, «Terranova».

Una puerta comunicaba el garaje directamente con el interior de la casa. Aparecieron en el vestíbulo de ésta, y Ángela señaló hacia el otro lado del amplio recibidor, donde se veía una gran puerta de sólida madera pintada de blanco...

—¿Dónde estamos? —preguntó Frank.

Ángela no contestó. Cruzaron el vestíbulo, ella llamó a la puerta, y acto seguido abrió una de las hojas, entrando sin más, pero cerrando en seguida tras ella. Frank quedó junto a «Terranova», que le sonrió y le puso un dedote en la nariz.

—Tú eres boxeador, ¿verdad? —preguntó.

—Quita tu dedote de mi narizota machacada, perrazo —farfulló Frank—. Hace mucho tiempo que dejé de boxear, pero te voy a poner la cara como un culo a tortas si me manoseas.

—Soy más fuerte que tú —rió «Terranova»—. No podrías ponerme la cara como un culo. ¡Yo te la pondría a ti!

—Bueno —se resignó Frank—, quizá saliese ganando...

La puerta se abrió, y apareció Ángela, haciendo una seña, Frank y «Terranova» entraron en un amplio salón tan confortable que Frank se encontró a gusto en seguida, aliviado del frío que había padecido durante el viaje en el maletero. Era un salón lujoso, lleno de objetos de arte, una iluminación perfecta, muebles de calidad, un hermoso y reluciente piano, cuadros, alfombras, una chimenea preciosa, que estaba encendida con un fuego alegre y vivo.

Y de pronto, vio a Jean Louis.

El buen Frankie quedó atónito un instante. Luego, miró a Ángela, señaló al hombre que había en el salón, y preguntó:

—¿Y eso qué es?

Ángela apretó los labios, pero sus mejillas se hincharon debido a la risa contenida. «Terranova» tuvo que taparse la boca con sus manazas para contener la carcajada. El personaje que estaba frente a Frank sacó un pañuelo con encajes de la manga de la chaqueta, por cuyo extremo sobresalían unas puntillas; se tocó la boca con el blanco pañuelito, y dijo:

—¿Es usted un espía americano, señor Marsh?

Frank lo miró de nuevo de arriba abajo. Pasmoso. Jocosos, además. El hombre vestía un traje negro de lamé, camisa blanca con puntillas en el cuello y en las mangas, y zapatos de charol, muy puntiagudos, con una gran hebilla sobre el empeine. Sus cabellos eran de un color rubio ceniza, y, sin lugar a dudas, llevaba hecha la permanente. Por si esto fuera poco, no podía estar más claro que se había maquillado el rostro. Maravillosamente, eso sí, pero se veía la línea del lápiz sombreador en sus párpados, y el ligero toque de carmín en sus bien dibujados labios. Hilarante.

—No, señor —replicó por fin Frank—. Soy Luis XV. Y seguro que usted es María Antonieta, ¿eh?

—Me parece, señor Marsh —replicó Jean Louis sin alterarse —que sus conocimientos de la Historia son bastante deficientes. Pero, en fin, ese no es el tema que nos ocupa. Sea tan amable de contestar: ¿es usted un agente americano que ha venido a Canadá a investigar la muerte del profesor Haliburton y sus... extrañas circunstancias?

—En efecto.

—Gracias por su sinceridad. ¿Y qué más han venido a hacer usted y su amigo Carpenter?

—Nada más.

—¿No han venido a meter sus narizotas en los asuntos de la doctora Beauregard?

—Oiga, si continúan ustedes metiéndose con mis narices, la vamos a armar. Es una digna y honesta nariz de ex boxeador, y eso es todo.

¿Está claro?

Jean Louis se quedó mirándolo fijamente. Tenía unos ojitos preciosos, azules, pero, por un instante, Frank vio en ellos un frío y duro destello que no le gustó nada. Nada.

—¿Adónde iba usted cuando le atacaron los alemanes, señor Marsh?

—preguntó de pronto el hombre de los encajes y puntillas.

—A comprar tabaco.

—Ah. ¿Y por qué se quedó su compañero en el hotel?

—Le dolían los pies.

—Parece que es usted aficionado a los chistes, de modo que voy a contarle uno muy bueno —deslizó amablemente Jean Louis—. Eran dos americanos que vinieron a Canadá, y uno de ellos salió a pasear en coche, y el otro se quedó en el hotel. El que salió a pasear en coche fue capturado, y el que se quedó en el hotel fue asesinado. ¿Qué le parece?

Frankie palideció intensamente, y durante unos segundos se quedó sin voz, todo él como congelado.

—¿Asesinado? —musitó por fin—. ¿Han asesinado a mi compañero?

—Todavía no —sonrió Jean Louis—. Pero voy a enviar a dos hombres a hacerlo si usted no contesta a mis preguntas. ¿Le gusta el chiste, señor Marsh? Pero espere, que todavía no ha terminado: luego, cuando ya el americano del hotel haya muerto, y yo no tenga preocupación alguna sobre su posible intervención, me dedicaré a usted, y con tales medios que usted terminará por decírmelo todo. Ahora sí, ahora el chiste ha terminado. ¿Me comprende, señor Marsh?

—Sí.

—¿Y...?

—Hemos venido, también, a averiguar qué pasó para que se desatase el... erotismo de la gente de Callander, porque creemos que puede estar relacionado con el trabajo conjunto de los profesores von Worenz y Haliburton y la doctora Beauregard.

—Ahora es usted más inteligente. ¿Adónde iba usted cuando lo capturaron los alemanes?

—Iba en busca del depósito de aguas que abastece Callander.

Jean Louis se quedó mirándolo inexpresivamente; estuvo así unos segundos, asintió por fin, y se sentó majestuosamente en un suntuoso sillón tapizado de blanco.

—Me parece entender cómo está actualmente la situación... Es decir, que se está complicando demasiado. Ángela, que vengan Bill y Jacques, Tú y «Terranova», encerrad al señor Marsh, por el momento, y vigíladlo bien... ¿Comprendes, Ángela?

—Desde luego. ¿Señor Marsh...?

—Un momento —gruñó Frank, dando un paso amenazador hacia Jean Louis—. Se lo voy a advertir, fantasma: si a mi compañero le ocurre algo, será mejor que meta usted mismo la cabeza bajo la guillotina,

porque si soy yo quien le pone las manos encima...

—No me gusta que me amenacen, señor Marsh.

—Bueno, pues yo lo hago —Frank mostró cerrados los puños, en alto —. ¿Ve esto? Pues como a Andy le ocurra algo, se los va a tragar usted como si fuesen confites. ¿Lo entiende, bella flor? Y otra cosa: no está usted asustando a niños perdidos en el bosque, sino que se está enfrentando al servicio secreto americano, así que...

—¡Huy, qué miedo! —hizo un femenil aspaviento Jean Louis.

Frank dio otro paso hacia él, pero oyó entonces un rumor a su espalda. Como si se tratase de una descarga eléctrica, a su cerebro llegó una información correcta: «Terranova» estaba tras él.

Cierto.

«Terranova» estaba tras él, y le aplicó un puñetazo en los riñones que lo tiró de bruces al suelo. Frank rebotó como si el suelo, o él mismo, fuese de goma, y quedó en pie de un salto, vuelto hacia «Terranova», que le contemplaba asombrado. Frank esgrimió los puños.

—¡No!—exclamó Ángela—. ¡Señor Marsh, no sea loco, no...!

Frank lanzó un bramido, y se abalanzó contra «Terranova», que, todavía asombrado, lo miró llegar. El puño derecho de Frank se estrelló contra la mandíbula del canadiense, cuya cabeza osciló hacia atrás algo así como un milímetro.

—¡Uaaaaooo! —aulló Frank, agitando su dolorido puño.

—¡Señor Marsh, no...! —gritó de nuevo Ángela.

Frank disparó ahora su puño izquierdo contra el estómago de «Terranova». Se oyó un seco «plom», y eso fue todo. Acto seguido, «Terranova» lanzó un zarpazo lateral capaz de arrancar la cabeza de una estatua. Frank se agachó, y el enorme puño pasó silbando por encima de su cabeza. Aprovechando su postura, disparó de nuevo su dolorido puño derecho contra el vientre del canadiense, que ni se movió. Cruzó el izquierdo, irguiéndose y disparándolo hacia arriba, y sus dedos crujieron en la mandíbula de «Terranova», que disparó de nuevo su puño, desmañadamente. Nueva esquivada de Frank, que saltó de lado, y volvió a golpear, ahora acertando a «Terranova» en una oreja. El canadiense lanzó un bufido, y giró para encararse a Frank, que comenzó a saltar, en un perfecto juego de piernas, blandiendo los puños,

—¡Ah, pedazo de hijo de ballena...!—rugió—. ¿De modo que las orejotas sí te escuecen? ¡Pues ahora verás!

Saltó hacia «Terranova», hizo una finta engañando al gigante, y disparó su mano izquierda, aplicando un tremendo bofetón en la otra oreja del canadiense, que volvió a gruñir, frunció el ceño, y cerró con fuerza los dos puños.

—Te estás mosqueando, ¿eh? ¿A que sí, gorila prehistórico? ¡Pues vas a...!

¡Clock!, sonó la cabeza de Frank, como si fuese una campana. Todo él vibró, mientras un lanzazo de dolor se transmitía desde su cabeza a los pies. En el giro que dio mientras sus piernas se iban doblando, todavía pudo ver un instante, como envuelta en sombras, a la bella Ángela, sosteniendo la pistola con la que acababa de golpearle.

—Ma... mala... pu...

* * *

—No debió hacerlo, señor Marsh. ¿No comprende que no es posible vencer a «Terranova» con los puños? ¡Lo habría hecho pedazos si yo no evito la pelea! Y Jean Louis habría disfrutado mucho... Vamos, beba, le sentará bien.

Las palabras iban llegando como de rebote a oídos de Frank. Notó algo frío y duro en los labios. Movié los párpados, y la visión se aclaró. Bizqueando, vio el vaso que una mano sostenía ante su boca. Una mano blanca, preciosa, delicada. Desvió los ojos furiosamente, y vio el rostro de Ángela. Quiso decir algo, pero ella inclinó más el vaso, y el agua comenzó a entrar en la boca de Frank. Bueno, no le iba a hacer ningún daño beber agua. Además, era verdad, sentía la boca seca, como si fuese de barro.

Mientras bebía, captó definitivamente su situación. Estaba tendido en una cama, y Ángela, sentada de lado junto a él, le sostenía por la nuca, abrazándolo, sosteniéndolo cálidamente para que pudiese beber. Frank se dio cuenta de que con una oreja estaba presionando uno de los senos de la muchacha. ¡Qué calorcito despedía...!

Ángela retiró el vacío vaso, y se apartó, dejándolo caer.

—Es usted un cabezota —reprendió.

—¿Dónde está el monstruo? —gruñó roncamente Frank.

—¿«Terranova»? —rió Ángela—. Está ahí fuera, en el pasillo, por si usted vuelve a ponerse difícil. Sea sensato, por favor. Le aseguro que no queremos problemas con el servicio secreto americano. Sólo queremos conseguir nuestro objetivo, y luego lo dejaremos marchar.

Frank se tocó la frente, y luego la parte posterior de la cabeza; al tocar aquí, lanzó un alarido.

—¡Tengo un chichón grande como un cojón! —exclamó.

Ángela volvió a reír.

—Estaría en peor estado si yo no hubiese intervenido. Y por cierto, usted me lo agradeció llamándome mala puta.

—¿Yo hice eso? ¡Con lo educado que soy!

—Pero no siempre. Bueno, ¿cómo se encuentra?

—Fatal. O quizá no... Bueno, no sé. Oye, ¿sabes que estás muy buena, tú?

—¿De verdad te gusto? —murmuró Ángela, dando un tirón a su jersey.

Frank miró los bien contorneados pechos de la muchacha, y se sentó en la cama. Tuvo la sensación de que su cabeza daba una campanada, pero no le importó. Su mirada recorrió las formas femeninas que tan cerca tenía. De pronto, alargó un brazo, y la mano cayó como una garra sobre un seno de Ángela.

—Moc, moc —dijo Frank, apretando el pecho.

—¡No seas grosero! —protestó ella—. ¡Estas cosas no se hacen así!

—¿Pues cómo se hacen? —farfulló Frank.

—Con delicadeza.

Frank Marsh estaba notando algo extraño; algo que nunca antes había sentido... Era como si las venas de su cabeza se hubiesen convertido en cañerías que bombeaban agua caliente. Agua ardiendo... No, agua, no, claro. Tenía que ser la sangre. Le ardía la sangre, eso era. Pero ya no era sólo en la cabeza. Sentía también como una bola caliente en la garganta, y un anhelo brutal en todo el cuerpo...

Se sentó en la cama, en el borde, junto a Ángela, y le subió el jersey con un gesto rudo, apremiante. Debajo del jersey, Ángela sólo llevaba el sujetador. Reducido, encantador, sugestivo sujetador. Frank lo agarró por el borde, y lo arrancó de un tremendo tirón. Ángela, que lo había estado mirando en silencio, lanzó una exclamación.

—Quítatelo todo —jadeó Frank.

—Frank, no... No estoy aquí para eso... Sólo estoy aquí para sonsacarte la verdad. Jean Louis me lo ha ordenado... ¿Le dijiste la verdad en todo, Frank?

—¡Desnúdate!

—¿Le dijiste la verdad a Jean Louis? ¿Habéis venido los dos solos para lo que dijiste? ¡Contesta, Frank! Tengo que saberlo para decírselo a Jean Louis. Aunque... aunque tarde un poco en ir a decírselo, tengo que hacerlo. Me quedaré contigo un rato, pero dímelo... ¿Dijiste la verdad?

Frank Marsh, que estaba manoseando, en verdad groseramente, los senos blancos, turgentes, macizos de Ángela, alzó la turbia mirada hasta los ojos de la muchacha. Parpadeó.

—¿Qué... me pasa? —jadeó—. ¡Lo único que deseo en estos momentos es...! ¡Quiero que te desnudes!

—Sí, Frank —Ángela se quitó rápidamente el jersey por encima de la cabeza, y en seguida comenzó a quitarse la falda—. Haremos lo que tú quieras, porque me gustas, pero contéstame. ¿Los dos solos, tú y Carpenter? ¿Y dijiste toda la verdad?

—Sí... Sí, sí... ¡Sí! Me siento... como hirviendo... No puedo... contenerme, tengo... tengo que hacerlo ahora mismo... ¡Tengo que tenerte ahora mismo! ¡Ahora mismo!

—Yo también te deseo... aunque no he tomado «Sex-boom»... Sí, Frank, yo también te... ¡Ten cuidado!

Frank Marsh se había abalanzado contra Ángela cuando ésta aún no había terminado de quitarse la última y más pequeña prenda, que él arrancó de un tirón. La tendió en la cama, y lanzó un resoplido cuando los brazos de ella rodearon su cuello. Unos brazos tiernos, cálidos. La cabeza de Frank daba vueltas. Le parecía que tenía el rostro como encendido..., como si fuese una bombilla largo tiempo encendida, quemante ya...

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, pero lo comprendió vagamente cuando Ángela se abrazó con más fuerza a él y susurró:

—Oh, sí, Frank, sí, así... ¡Oh, Frank...!

Frank Marsh estaba emprendiendo un extraño vuelo caliente en compañía de Ángela, que suspiraba y aprobaba continuamente, dando grititos, abrazándole con fuerza... Frank Marsh no era en realidad, Frank Marsh. Frank Marsh era sólo un ser primitivo lanzado a toda furia por el camino del placer...

Frank Marsh ni siquiera sabía quién era ni dónde estaba.

Frank Marsh ni siquiera recordaba ya que había en el mundo alguien llamado Andy Carpenter.

CAPÍTULO VI

Carpenter se volvió a mirar fríamente a Max.

—¿Dónde está Frank? —preguntó, con voz tenue.

—No está aquí.

Los ojos de Carpenter se entornaron, la cabeza se ladeó. Habían llegado hacía segundos frente a la pequeña casita cerca del lago, y habían entrado. Dentro, habían encontrado a dos hombres, uno de los cuales le había susurrado algo a Max al oído. Y eso era todo.

—Ya veo que él no está aquí —susurró Carpenter—. ¿Dónde está?

—Lo tenemos en otro sitio.

—En otro sitio...

Andrew Carpenter miró detenidamente a su alrededor. Bien, era una casa pequeña, con un saloncito pequeño.... Todo era pequeño allí. Y vulgar, sin relieve alguno, desde el empapelado de las paredes a la alfombra. Era uno de esos clásicos lugares anodinos que suelen utilizar los espías volantes.

—Le aseguro que su compañero está bien, señor Carpenter.

—¿Puedo hablar con él por medio de la radio?

—La radio se estropeó cuando nos tirotearon —dijo uno de los hombres.

Carpenter lo miró. Observó su rostro pálido, y la rigidez de un lado del cuerpo. Aquel hombre estaba herido, sin duda.

—¿Los tirotearon? ¿Quiénes?

—No lo sabemos —dijo Max—. Mataron a uno de los nuestros, e hirieron a Peter —señaló al hombre—. Sin embargo, Peter consiguió escapar con el cadáver de nuestro compañero, y con su amigo, señor Carpenter.

—Pero... ¿quiénes los atacaron?

—No lo sabemos.

—¿Frank está bien?

—Le aseguro que sí.

—¿Por qué no me habló de esto antes?

—Temí que pensase que queríamos tenderle una trampa. Ahora ya no puede pensar esto, señor Carpenter. Si se tratase de una trampa, ya podríamos haberle matado, sin riesgo alguno para mí. ¿No es cierto?

—Sí —admitió Carpenter.

—Entonces, ¿comprende que deseamos un trato con usted, sin mentiras, sin engaños?

—Lo creeré cuando vea a Frank sano y salvo.

—Bueno, él está muy lejos de aquí, en este momento... He pensado que una vez convencido de que no estamos jugando sucio, usted iría a la casa de la doctora Beauregard... Ninguna de las personas que hay allí puede hacer frente a un hombre como usted. De todos modos, si

necesita algo de ayuda, puede contar conmigo.

—¿Con ustedes?

—No. Sólo conmigo.

Andrew Carpenter contempló a Max, mirándola de arriba abajo. Luego, se sentó en un sillón, y dijo:

—Ustedes están utilizando a mi compañero como rehén para obligarme a hacer algo. De acuerdo. Con el fin de no complicarle la vida a Frank, yo estoy dispuesto a obedecer: puedo ir a la casa de la doctora Beauregard y salir de allí con ella y con el profesor von Worenz. Sé que puedo hacerlo..., pero a cambio de mi amigo. Quiero verlo aquí, sano y salvo. O eso, o nada.

Maximiliana, Joseph y el herido Peter se quedaron mirando fijamente a Andrew Carpenter. De pronto, Max hizo una seña a sus compañeros, se alejaron un poco los tres, y parecieron llegar rápidamente a un acuerdo. Max miró a Carpenter, que los observaba ceñudo.

—Está bien, señor Carpenter. Joseph y Peter van ahora mismo a buscar a su amigo. Pero estamos perdiendo el tiempo.

—No se preocupe por el tiempo: hay mucho.

Max hizo un gesto de resignación, y miró a sus dos compañeros, que asintieron y abandonaron la casa. Desde el saloncito, el finísimo oído de Carpenter captó el zumbido del motor al ser puesto en marcha, y luego alejándose.

Max se acercó, sonriendo.

—¿Quiere beber algo? —ofreció.

—No.

—Hace mucho frío afuera. Está nevando. Creo que un trago nos sentaría bien a los dos.

—Detesto el frío. Y cuando salga de aquí me iré a pasar unos días a cualquier lugar tropical. Pero no quiero beber nada.

—¿Teme que lo drogue o lo envenene? —rió quedamente Max.

—Eso sería una estupidez. ¿Quién le sacaría las castañas del fuego, entonces?

—Dígame una cosa, señor Carpenter —dijo Max, tras quitarse el grueso abrigo—, ¿No le parezco atractiva?

Carpenter sonrió secamente, echando un vistazo a las formas de la muchacha. Max llevaba una falda larga, botas, una gruesa camisa de franela, y encima, un jersey. Pesados ropajes, poco aptos para el lucimiento femenino..., pero incluso así, la belleza del cuerpo de la alemana era más que evidente. Y su rostro... Su rostro era dulce, encantador.

—Sí —dijo por fin Carpenter—, me pareces atractiva.

Max se sentó en sus rodillas, con suave gesto.

—Bueno —susurró—. Usted también me parece atractivo a mí, señor Carpenter...

Max bajó la cabeza, y su boca buscó los labios de Carpenter por entre el denso bigote que caía como una cortina. Los labios llegaron pronto a tocarse, pese al obstáculo piloso, y en seguida Max proyectó su lengua en busca del interior de la boca de Andrew...

Espléndida situación.

Espléndida... y preocupante. ¿Qué pretendía Max con aquella... cariñosa actitud? Lo seguro era que ella estaba dispuesta a llegar hasta el final del juego. ¿A cambio de qué? ¿Del simple placer de hacerlo?

Esto le pareció poco probable a Andrew Carpenter.

Aunque, ¿por qué no podía ser que él le gustase a la alemana? A fin de cuentas, sabía que era atractivo, tan serio, tan... aparentemente frío e inabordable. En cuanto a él, la posibilidad de darse un placentero paseo sobre el turgente cuerpo de la muchacha, no le parecía nada mal. ¿De qué modo mejor podía esperar la llegada de Frank?

Deslizó una mano bajo el jersey de Max, y acarició sus senos no demasiado voluminosos, pero firmes, elásticos... Con hábil gesto, echó hacia arriba el sujetador, y su mano fue de uno a otro pecho, que estaban tibios, finos, sedosos...

Max deslizó sus labios sobre la barba, y llegó a darle un besito en una oreja, musitando, acto seguido:

—¿Quieres que me desnude...?

Carpenter no contestó. Alzó más el jersey de Max, dejando visibles los pechos, que parecieron brincar.

—Son muy hermosos —susurró.

—Te los presto —rió cálidamente la alemana.

—¿Con qué intereses?

Ella rió, y le besó en la boca. Se movió, se dio cuenta del estado de Carpenter, y volvió a reír, mirándole maliciosamente.

—Sin intereses —murmuró—. Digamos que espero recibir tanto como estoy dispuesta a dar. Simplemente eso.

—Pero... ¿por qué?

—Me gustas. Y nada más.

Andrew la miraba con una expresión de afecto simpático.

—Veamos, Max —dijo festivamente—: ¿no será que pretendes ganarme con el sexo para luego pedirme que vayamos a casa de la doctora sin esperar que llegue mi compañero?

—¿Eso es lo que piensas?

—Se me ha ocurrido.

—Está bien, piensa lo que quieras, pero... no nos detengamos ahora. Sigamos con esto..., y luego conversaremos sobre lo otro. Lo creas o no —su boca se deslizó en busca de la de Andrew —me estás gustando más y más a cada instante...

Carpenter aceptó el beso, sin dejar de acariciar a la muchacha. Ella se sobresaltó un instante cuando él se movió y pareció que ambos iban a

rodar por el suelo... Pero no fue así, no rodaron. Simplemente, Carpenter maniobró hasta que ambos quedaron tendidos sobre la alfombra. Entonces, ella dejó de besarle, y le miró, con ojos resplandecientes.

—¿Qué estás esperando? —susurró.

* * *

Maximiliana giró en la alfombra, y deslizó un dedito por la barbilla de Carpenter, que la miró, dejando de contemplar pensativamente el techo.

—¿Bien? —musitó la muchacha.

Él giró hacia ella, y sonrió.

—Perfecto —aseguró—. Será triste nuestra despedida, Max.

—¿Quiere eso decir que piensas lo mismo que yo?

—Pues no sé... ¿Qué piensas tú?

—Me gustaría... repetir.

—¿Ahora?

—Ahora y siempre. Pero me parece que no tenemos tiempo... Nuestros respectivos amigos van a regresar, tarde o temprano. Más bien tarde que temprano. De verdad, estamos perdiendo el tiempo...

—Tienes razón —asintió Carpenter—. Así que vamos a dejar nuestro flechazo para más adelante. Vístete. Iremos ahora mismo a casa de la doctora Beauregard.

Max no se hizo repetir la orden. Lanzó un grito, se puso rápidamente en pie, y se vistió no menos rápidamente. Luego, se quedó mirando a Carpenter, que frente a ella, la contemplaba sonriente.

—¡Ya podemos marchar! —exclamó Max.

Carpenter amplió su sonrisa. Alzó la mano derecha, dijo «lo siento, nena», y descargó un bien medido hachazo en un lado del cuello de la alemana, que se desplomó a sus pies.

—Yo veo la situación de esta manera —dijo Carpenter, mirando con ceñuda sonrisa a Max, como si ésta pudiera oírle—. En primer lugar, no sé por qué tengo el presentimiento de que vosotros no tenéis a Frank; y pienso esto porque si lo tuvierais, estaría aquí, y no en otro lugar; eso podría admitirlo si estuviésemos en vuestro país, pero bien sé que nosotros, los espías, no tenemos tantas facilidades cuando trabajamos fuera de casa. Si tuvieseis a Frank, él estaría aquí. Pero, no lo tenéis. Y por eso, habéis pretendido engañarme, dejándote a ti como... lindo señuelo, para convencerme de que debo ir a secuestrar a la doctora y al profesor sin esperar el regreso de Frank. Esto ha sido ingenuo por vuestra parte, o bien indica que me consideráis tonto..., lo cual es una estupidez por vuestra parte, es decir, peor que ingenuo. Pero esto no me preocupa demasiado. Lo que me preocupa es: ¿dónde está mi querido Frank? Puesto que no lo tenéis vosotros, lo tienen

otras personas..., o lo han matado otras personas. Si esto es así, esas personas tienen que estar interesadas por la doctora y el profesor. Y dando esto por sentado..., ¿qué mejor modo de provocar contacto entre esas personas y yo que secuestrar cuanto antes a von Worenz y a la Beauregard..., suponiendo que llegue a tiempo?

Dejó de hablar en voz alta, y frunció el ceño.

¿Y si, realmente, Max tenía a Frank? En ese caso, tenía la solución al pequeño problema: él tendría a Max.

Si, a poco que los demás que intervenían en el asunto se descuidaran, él tendría a Max, tendría a la doctora Beauregard, al profesor von Worenz... Lo tendría todo.

Andrew Carpenter buscó las llaves del coche de Max en los bolsillos del abrigo de ésta. Luego, sin aparente esfuerzo, se cargó a la alemana en un hombro, con la cabeza colgando hacia la espalda, y salió de la casita cerca del Nipissing Lake. Farfullando bajo la densa nevada que ya lo estaba tapizando todo de blanco, incluso las aguas del lago, Carpenter llegó junto al coche de Max, abrió el maletero, y tiró dentro a la muchacha.

—Debí atarla y amordazarla dentro de la casa —refunfuñó.

Invirtió más de dos minutos en hacerlo allí mismo, mientras la nieve seguía cayendo blanda y silenciosamente. A su izquierda se veía el resplandor opalescente de las luces de la localidad de Callander, donde días atrás parte de sus habitantes se habían vuelto... sexualmente locos. Sí, estaba bien dicho así: sexualmente locos.

—Yo sabré por qué —dijo Carpenter, sentándose al volante del coche de Max, y soplándose las casi congeladas manos—. Sería la primera vez que volviese a casa sin saber lo ocurrido en mi punto de trabajo...

El motor se puso en marcha al tercer intento, cuando ya comenzaba a alarmarse ante la idea de quedar aislado allí. No fue así, pero se encontró con el inconveniente de que el coche de Max no llevaba cadenas, y ahora la capa de nieve que cubría la carretera tenía un grosor peligroso. Bueno, mientras sólo fuese nieve y no se convirtiese en hielo...

Recordaba el camino perfectamente, y además le guiaba el resplandor de Callander. No quería complicarse la vida yendo directamente a casa de la doctora Beauregard, así que llegó cerca del pueblo, y buscó entonces la ruta hacia la casa de la doctora.

Tardó casi veinte minutos en llegar, conduciendo muy despacio; y llegó ya con las luces apagadas. Paró el motor, y se quedó mirando las luces en las ventanas de la casa. En ésta había un total de seis personas, según le había dicho Max, pero de estas seis personas dedujo que solamente dos podían causarle problemas: los dos hombres cuyos nombres no habían sido mencionados. Aunque en esto había dos posibilidades. Una, que fuesen algo así como vigilantes para proteger

la intimidación y aislamiento de la doctora, en cuyo caso era muy probable que fuesen tipos difíciles y que incluso estuviesen armados. Dos, que fuesen simples ayudantes de la Beauregard, en cuyo caso, no serían demasiado peligrosos, como suele suceder con la gente que se dedica a la Ciencia.

¡La Ciencia! ¿En qué estaba trabajando la doctora Beauregard...?

De pronto, como un mazazo, la idea llegó a la mente de Andrew Carpenter: ¿dónde estaban los alemanes Peter y Joseph? Si Max le hubiese mentido, y simplemente los hubiese hecho salir de la casita para hacerle creer que iban a buscar a Frank, era lógico que ellos se hubiesen quedado vigilando cerca de la casa... Pero, puesto que no habían intervenido cuando él salió con Max cargada en un hombro, era que no estaban por allí, sino que, en efecto, debían haber ido a buscar a Frank. Entonces, ¿lo tenían? ¿Y cuál sería su reacción cuando al regresar con Frank a la casita no viesen allí a Max?

Se estremeció, y no de frío, pues dentro del coche había una temperatura aceptable... ¿Matarían a Frank, creyendo que él había matado a Max?

—He cometido un error —murmuró—. Tengo que volver a esa casita. ¡Al diablo la doctora Beauregard y sus inventos!

En el mismo momento en que acercaba la mano a la llave para poner de nuevo en marcha el motor y emprender el regreso a la casita, captó la sombra oscura al otro lado del coche, frente a la portezuela. Volvió vivamente la cabeza. En el cristal estaban sonando unos golpecitos...

Sacó rápidamente la pistola, se la pasó a la mano izquierda, y se inclinó hacia la derecha, utilizando esta mano para alzar el cierre de la portezuela. Inmediatamente, ésta se abrió, y un hombre entró, sentándose a su lado y cerrando a toda prisa.

—¡Hace un frío espantoso! —exclamó, hablando en alemán Max, estamos...

Entonces fue cuando el hombre se dio cuenta de que no estaba hablando con Max. Se quedó inmóvil, mirando con expresión sobresaltada a Andrew Carpenter, que le apuntaba al centro del pecho con su pequeña pistola. Y debía ser un hombre inteligente, porque en seguida, preguntó, hablando ahora en inglés:

—Es usted Carpenter, ¿verdad?

—Puede seguir hablando en alemán, si lo desea —dijo Carpenter—: lo entiendo perfectamente.

—¿Dónde está Max? ¿La ha matado?

—No. Está en lugar seguro. Pero dígame cómo sabe usted que yo estaba con Max... ¡Ah! Un momento: ¿Joseph y Peter están con usted? El alemán apretó los labios. Carpenter sonrió levemente.

—Entiendo... Max los envió aquí para que estuviesen con usted, mientras ella intentaba convencerme por sus propios medios, aun sin

haber visto yo sano y salvo a mi compañero, para que viniese a secuestrar, a la doctora Beauregard. Y mientras ella me convencía, ustedes tenían que vigilar esta casa. Si nada ocurría, debían mantenerse inactivos, a la espera de mi llegada. Pero si alguien llegaba antes que yo, debían impedir que se llevasen a la doctora, o cuando menos a su profesor Karl von Worenz... ¿Correcto? Y si Max no me... convencía, entonces seguramente se habría librado de mí de un modo u otro, se habría reunido con ustedes, y ya sin esperar más, habrían asaltado la casa. ¿Es así o no es así?

—¿Cómo puedo saber que Max está bien? —insistió el hombre.

—Mire, según parece, todos estamos jugando sucio, pero al menos respetamos en lo posible la vida de los demás...

—Eso no es cierto. Mi compañero Hank ha caído muerto.

—Lo siento; y ya sabe que ni mi compañero ni yo hemos tenido nada que ver con eso. Bien: ¿es cierto lo que he dicho?

—Sí.

—Entonces, no tienen a Frank... Lo tienen otras personas, o quizá lo han matado... Pero no. ¿Por qué habrían de molestarse en protegerlo de ustedes para luego matarlo...? Está en alguna parte, en manos de alguien que, sin duda, le habrá obligado a decir todo lo que sabe. Alguien que también siente interés por la doctora, por esta casa... ¿Cómo se llama usted?

—Erich.

—Bien, Erich, ¿quiere saber lo que estoy pensando?

—Me gustaría.

—Creo que las cosas han llegado a un punto en que nadie va a seguir manteniéndose pasivo, a la espera de algo. Que yo sepa, somos tres grupos interesados en la doctora Beauregard: ustedes, mi compañero y yo..., y otras personas, que fueron las que mataron a su compañero Hank. Tal como están las cosas, soy de la opinión de actuar rápida y directamente, para adelantarnos..., si es que eso es posible. ¿No ha llegado nadie a la casa?

—Nadie ha llegado desde que se fueron usted y su amigo.

—Entonces, parece que estamos a tiempo... ¿Dónde están Peter y Joseph?

—Al otro lado de la casa, entre los abetos, en su coche. Yo también estaba en el mío, escondido, cuando le vi pasar, y creí que era Max...

—Ya sé. Vamos a buscarlos, nos pondremos de acuerdo para entrar los cuatro en la casa y llevarnos a la doctora y al profesor. Indíqueme el camino. ¿Es necesario que encienda las luces?

—No... No. De momento, haga marcha atrás.

Andrew Carpenter guardó tranquilamente la pistola, y dio marcha atrás al coche...

CAPÍTULO VII

Cinco minutos más tarde, tras haber circulado cuidadosamente, y ya en el otro lado de la casa, Erich señaló hacia delante.

—Allá está el coche... ¿Lo ve?

—Sí. Supongo que ellos también nos han visto, y que han reconocido el coche de Max, de modo que vendrán aquí. Bueno, vamos a acercarnos un poco más. ¡Vaya si hace frío...!

Carpenter acercó un poco más el coche al de Peter y Joseph, pero éstos no salieron ni siquiera entonces, cuando la distancia a salvar era apenas de diez metros.

—Quizá estén dando una vuelta a pie, para asegurarse de que todo está bien —dijo Erich—. Saldré para...

—Espere.

Carpenter lanzó una ráfaga brevísima de luz hacia el otro coche. Segundos más tarde, todo seguía igual: ni Peter ni Joseph salían del coche..., pese a que, a la breve luz, los habían visto a ambos sentados en el asiento delantero. Carpenter lanzó otra ráfaga, más larga. En efecto, dos hombres estaban en el coche..., pero seguían sin moverse.

—¿Qué demonios les pasa? —gruñó Erich—. ¡Voy a decirles...!

—Es mejor que no salga del coche, Erich: sus compañeros están muertos.

Erich miró con expresión desorbitada a Carpenter. Lanzó una imprecación en alemán, y, para sorpresa de Carpenter, salió del coche rápidamente y echó a correr hacia el coche de sus compañeros.

No había más luz que la de la nieve reflejando el resplandor de las luces de la casa de la doctora Beauregard; formaba todo un extraño conjunto lumínico de tono lechoso, suficiente para ver en general, pero no para captar los detalles. Aunque algunos detalles sí podían captarse...

Por ejemplo, los dos fogonazos que relucieron de pronto a la derecha del coche a cuyo volante seguía aferrado Andrew Carpenter. No se oyeron los disparos, pero sí el grito de Erich, que dio una vuelta completa en el aire, y cayó de espaldas. Se puso en pie, vacilante sobre las manchas de nieve caída entre los abetos, empuñando su pistola..., pero se vieron más fogonazos, Erich se estremeció, pareció quedar suspendido en posición erguida unos segundos, y luego cayó lentamente de bruces, al principio como a cámara lenta, hasta que el peso de su cuerpo muerto se desequilibró completamente...

Andrew Carpenter no estaba viendo esto, porque se había apresurado a salir del coche, encogido, y corría ya hacia la izquierda, sabiendo lo que iba a suceder... Y sucedió. Oyó los impactos de las balas en el coche, vio más fogonazos, los cristales de la parte derecha saltaron en miles de diminutos trozos relucientes... En el momento en que se

lanzaba tras un grueso abeto de ramas muy bajas, oía una voz. Se cobijó tras el abeto, acucillado, empuñando la pistola. Un grueso chorro de vapor salía entrecortadamente de su boca. La cerró, y controló su respiración por la nariz.

¿Le habían visto salir del coche? Si no era así, quizá se acercasen para asegurarse de que, como Erich, estaba muerto... Pero pasaron los segundos, y nadie apareció, no se oyó nada más... La nieve seguía cayendo...

—No puedo pasarme aquí toda la vida... —se dijo Andrew.

Se desplazó lentamente, encogido el cuerpo, hasta considerar adecuada la distancia para ponerse en pie. Fatigosamente, inició un amplio arco que terminaría en la posición desde la cual habían brotado los disparos. Sus pies se hundían en la nieve, y aunque iba bien calzado, comenzó a sentir humedad y frío.

Calculó que estaba ya cerca de la posición de los ocultos tiradores, cuando volvió a oír una voz, tan cerca que se sobresaltó. Si había alguien tan cerca, ¿cómo no lo veía? Veía el coche de Max, y un poco más allá el que ocupaban Peter y Joseph..., pero no veía a quien había hablado...

De pronto, le pareció que la nieve ya caída se movía, adoptando una forma extraña. Apenas pudo contener la exclamación al darse cuenta de que estaba viendo a un hombre completamente cubierto por un «mono» blanco como la mismísima nieve... Y justo en ese momento veía a otro, un poco más cerca todavía, caminando en pos del primero hacia el coche de Max.

Andrew Carpenter alzó la pistola, y apuntó a la espalda del hombre que tenía más cerca, pero vaciló. Ni le gustaba matar por la espalda salvo en caso estrictamente necesario, ni le parecía inteligente. Era mejor intentar capturarlos vivos, más que nada, para interrogarlos, saber dónde tenían a Frank, quién los dirigía...

—¡No se muevan! —gritó de pronto—. ¡Les estoy...!

El hombre que tenía más cerca se volvió velozmente, y de su mano derecha brotó un fogonazo. La bala crujió fuertemente por encima de la cabeza de Carpenter, que disparó a su vez. El hombre lanzó un alarido, y saltó hacia atrás, con una bala clavada en el centro de la frente.

El otro también se había vuelto, y disparó varias veces en dirección aproximada a la posición de Andrew Carpenter, que rodó hacia un lado, quedó de rodillas, sujetó la mano derecha con la izquierda, apuntó serenamente, y disparó de nuevo... Unos catorce metros más allá, el otro sujeto ataviado con «mono» blanco emitió un chillido, cayó de costado, y, prácticamente, se convirtió en nieve. Carpenter dejó de verlo. Se desplazó hacia su derecha, y se acucilló. Comenzaron a pasar los segundos. Un minuto, dos... Al parecer, había

acertado también al segundo hombre en un punto vital. Bueno, mala suerte..., para él y para Frank, pues salvo que encontrase otra pista no podría acudir en su ayuda.

Carpenter se incorporó lentamente, y comenzó a caminar hacia los dos hombres caídos. Respecto al primero no tenía la menor duda de su muerte. Sobre el segundo, al que vio de pronto caído de costado, no estaría de más adoptar precauciones, aunque su inmovilidad era tal que...

El fogonazo del disparo apareció frente al hombre caído de costado en el preciso momento en que Carpenter captaba el leve movimiento, y se dejaba caer de rodillas, disparando a su vez. De nuevo una bala crujió por encima de su cabeza..., y de nuevo la suya fue directa al blanco, y esta vez mucho más certera. Tan sólo por el estertor que emitió el hombre, supo que esta vez no habría trucos

Y, en efecto, cuando se acercó a él, ya estaba muerto. Renunció a registrarle, pues tenía en el pecho la sangre de los dos balazos, y regresó junto al primero. A éste sí le abrió el «mono», metió una mano bajo la ropa, encontró una billetera, y la guardó en un bolsillo del chaquetón.

Erich estaba muerto, también. Y cuando, finalmente, fue al coche de Peter y Joseph, y abrió la portezuela izquierda, sabía con toda seguridad que sólo iba a encontrar dos cadáveres... Y así fue. Ambos permanecían rígidamente sentados, pero Joseph, que estaba al volante y por tanto más cerca de Carpenter, tenía dos agujeros en un lado del cuello, que Andrew pudo ver a la luz del coche, que se encendió al abrir la portezuela...

Cerró ésta, y emprendió el regreso hacia el coche de Max, pensando en que de ninguna manera le habría gustado estar en el pellejo de la espía alemana. De cinco, sólo quedaba ella; no le sería fácil superar no ya el fracaso de su misión, sino el hecho de que sus cuatro compañeros habían muerto. Maximiliana necesitaría mucha ayuda y comprensión para superar este shock.

Llegó junto al coche, pero, de pronto, miró hacia la casa de la doctora Beauregard. ¿Habían estado solos aquellos dos sujetos ataviados con «mono» blanco, o había más por allí, quizá incluso ya en la casa de la doctora...?

Se metió a toda prisa en el coche, y condujo hacia la casa, frente a la cual se detuvo. Saltó del coche, corrió hacia la puerta, y llamó, quedando de espaldas a la madera, mirando a todos lados, la pistola en la mano.

La puerta se abrió, y Carpenter la empujó fuertemente, entró, y la cerró con fuerte empujón. Su pistola quedó a pocos centímetros de la nariz de André, que tras el respingo se quedó mirando fijamente al agitado visitante.

—¿Todo está bien aquí? —exclamó Carpenter.

—Sí... Creo que sí, señ...

—Lléveme con la doctora. ¡Pronto y sin tonterías! ¡Vamos, no me impaciente, André!

—Sí, señor... Por aquí, señor Carpenter. La doctora está en su laboratorio.

Andrew Carpenter no contestó. Siguió al criado hacia el fondo de la casa. André se detuvo ante una puerta cerrada, pero Andrew la señaló con la pistola expresivamente, y André la abrió, apartándose. Carpenter entró en seguida, y localizó a la doctora, que se estaba volviendo hacia la puerta, con expresión hosca e interrogante. Estaba ante una de las mesas, ordenando un montón de papeles. Al ver a Carpenter hubo un parpadeo de desconcierto en sus ojos.

—Doctora Beauregard —dijo en seguida Andrew—: tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente. ¿Dónde está el profesor von Worenz? ¿Y los otros dos hombres que sé que hay en la casa?

—Señor Carpenter —habló fríamente Amelie Beauregard—, ya le dije a usted...

—¡No tenemos tiempo para discusiones! Se lo voy a explicar en pocas palabras, doctora... Un grupo de alemanes llegaron a Canadá en pos del profesor von Worenz, y han estado esperando el momento propicio para recuperarlo y llevárselo de regreso a la Alemania Federal. Pero, al mismo tiempo, ha intervenido otro grupo, que han matado a todos los alemanes menos a su jefe de grupo, una muchacha que tengo en el maletero del coche... Hace unos minutos, yo he matado a dos hombres de ese grupo desconocido, pero tienen que haber más, quizá cerca de la casa, y sé que la quieren a usted, y presumiblemente también al profesor von Worenz. De modo que le sugiero que no discuta conmigo y acepte mi ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Entiendo que pretende llevarme a los Estados Unidos?

—Por el momento, sólo pretendo evitar que caiga usted en manos de un grupo que no tiene reparo alguno en asesinar. ¿No se da usted cuenta de la situación? ¡Sea quien fuere esa gente, tenga por seguro que sus intereses siempre la perjudicarán a usted más que cualquier oferta que pueda hacerle un gobierno como el mío, o el alemán...! Le estoy hablando de asesinos, doctora Beauregard. Y si usted no entiende esto...

—Creo que sí lo entiendo, señor Carpenter. Parece que hay personas que sienten interés por mis descubrimientos, y que están dispuestas a todo con tal de hacerse con ellos.

—¿Con ellos? ¡Tengo la certeza de que intentarán llevársela a usted misma!

—Bueno, eso es lo que quiere hacer usted, ¿no? Está bien, está bien,

señor Carpenter, no se irrite... No sé por qué, pero le tengo confianza, de modo que iré con usted.

Andrew Carpenter lanzó un suspiro de alivio.

—De acuerdo. ¿Dónde está el profesor von Worenz?

—André subirá a avisarle —le hizo una seña al criado, que asintió y abandonó la puerta del laboratorio—... Venga a ayudarme con esto, señor Carpenter. Son mis notas, y supongo que será conveniente que me las lleve.

—Desde luego.

Carpenter se acercó, y ayudó a Amelie Beauregard a guardar en una gran carpeta muchos folios, unos mecanografiados, y otros escritos a mano. Cuando terminaron, la doctora alargó un brazo, y tomó un pequeño pulverizador que había en un estante. Carpenter le dirigió una mirada entre sorprendida y divertida. Pero la mirada que a su vez le dirigió la doctora Beauregard fue todavía más divertida, no poco irónica.

—No es un pulverizador de perfume, señor Carpenter

—dijo sonriendo perversamente.

Carpenter parpadeó. De pronto, respingó, y movió velozmente la mano derecha en busca de su pistola, que había guardado antes para ayudar a la doctora. Esta no le dio tiempo a empuñar de nuevo el arma. Apretó la esfera de goma del pulverizador, y un chorro de líquido salió, muy disperso, acertando de lleno en el rostro a Andrew Carpenter, que rodó por el suelo fulminantemente dormido por el gas.

* * *

Lo primero que vio al abrir los ojos fue una billetera que recordó vagamente. Y en seguida, oyó la voz. Una voz tan suave como la suya propia, pero de matices... más histéricos:

—¿Por qué tiene usted esto, señor Carpenter?

A Carpenter le zumbaban los oídos, y sentía frío en la cabeza. Parpadeó, aspiró hondo, y centró de nuevo su visión en la billetera que se agitaba ante sus ojos. La recordó en seguida: era la que había quitado a uno de los dos asesinos vestidos con «mono» blanco.

Desvió la mirada de la billetera, y miró al hombre que la agitaba ante él. Bueno, lo de hombre era una... hipótesis. Atónito, Carpenter se quedó mirando a Jean Louis, el hombre de los encajes, las puntillas y el vestido de lamé, cuyo rostro delicadamente maquillado aún pasmó más a Andrew Carpenter.

—¿Quién es usted? —exclamó.

Jean Louis agitó de nuevo la billetera.

—Esto estaba en su bolsillo. ¿Significa esto que fue usted quien mató a Bill y Jacques? Yo creo que sí, porque también le hemos encontrado esto —mostró la pequeña pistola—, y parece que el calibre

corresponde a las balas que mataron a mis hombres. ¿Cierto? Carpenter desvió la mirada hacia detrás de Jean Louis, y sus ojos se abrieron con asombro al ver a «Terranova», que le contemplaba con gesto disgustado; era fácil comprender que los llamados Bill y Jacques habían sido amigos suyos. Un poco más allá, una preciosa muchacha rubia, armada de una pistola, le miraba fijamente, inescrutable su bello rostro. Y por último, en un sillón, todavía atada y amordazada, pero con los ojos muy abiertos, vio a Max. Mala suerte.

—¿Dónde está la doctora Beauregard? —preguntó de nuevo Carpenter.

—Señor Carpenter, si no contesta usted a mis preguntas me verá obligado a ordenar a «Terranova» que lo lastime. No va a gustarle, de veras.

Carpenter miró la billetera, y asintió. Era absurdo negar lo evidente.

—Sí, yo maté a sus dos amigos..., después que ellos asesinaron a tres alemanes.

Dirigió la mirada de nuevo hacia Max, y la vio palidecer intensamente, y cerrar los ojos.

—De modo que fue usted... Está bien, señor Carpenter. Todavía nos queda tiempo para que usted se arrepienta de su intromisión en nuestros planes. ¿Sabe que es usted un atractivo muchacho?

Andrew Carpenter miró desconcertado a Jean Louis. ¿Qué demonios importaba ahora que él fuese atractivo o repelente?

—Lo que no me gusta, es la barba —siguió hablando Jean Louis, pero eso tiene fácil remedio. Póngase en pie, cargue con la alemana, y Ángela le acompañará a su aposento..., mientras yo tomo una decisión sobre usted. Ah, por cierto: ¿le gustaría ver a su amigo Frank Marsh?

—Sí —musitó Carpenter.

—Pues será complacido. ¡Ángela!

—Sí, Jean Louis. Vamos, señor Carpenter.

Este se puso en pie, se acercó a Max, y se la cargó en un hombro. Siguiendo las indicaciones de Ángela, llegaron ante una puerta, que la rubia muchacha abrió, señalando hacia dentro con la pistola. Carpenter entró, y en seguida vio a Frank Marsh, tendido en una cama a cuyos barrotes de hierro estaba atado de pies y manos.

—Puede dejar a la alemana junto a su amigo, señor Carpenter.

Andrew obedeció. Frank y él se miraban, pero ninguno dijo nada. Ángela se acercó a Frank, se inclinó sobre él, y le besó en los labios, dulce, suavemente, musitando luego:

—¿Estás bien, mi amor?

Frank carraspeó, y asintió con la cabeza, dirigiendo una furtiva mirada de reojo a Carpenter, que le miraba boquiabierto por el asombro. Tan asombrado estaba Carpenter que no consiguió reaccionar hasta que la muchacha, tras besar de nuevo a Frank, le dijo:

—No te preocupes: tú no morirás.

Acto seguido, Ángela se dirigió rápidamente a la puerta, y desde allí, mirando a Carpenter, dijo:

—Si en algo aprecia la vida de su amigo, señor Carpenter, será mejor que no lo desate. Mientras lo vean bien controlado, nadie tendrá interés especial en matarlo.

Sin más, salió de la habitación. Carpenter reaccionó, se sentó en el borde del lecho junto a Frank, y lo miró con expresión poco menos que risueña.

—Vaya... ¿Cómo estás, mi amor? ¡Es linda la muchacha!

La mirada de Frank fue hacia Max, que se había colocado de modo que podía mirarlos a ambos.

—¿Quién es ella?

—Maximiliana, agente del espionaje alemán. Una embustera, desde luego, pero poco dada al asesinato. Lo que, como bien sabes, la coloca dentro del círculo de nuestra estima. Si está así es porque intentó engañar a Andrew Carpenter, ¿comprendes?

—Sí.

—Bueno —sonrió Carpenter—. He podido romperle la cabeza a la bella Ángela y quitarle la pistola, pero vuestra... amistad me ha desconcertado. ¿He hecho bien no matándola de un golpe?

—No sé.

—No sabes... Bien, yo sí sé una cosa: al verme no me has dicho que me amas, ni me has preguntado «¿de quién es este mostacho?». Eres muy voluble, Frankie. Aunque no se te puede culpar demasiado por preferir una chica como Ángela a un tipo con barba. ¿Verdad?

—¿Qué ha ocurrido por ahí fuera? —gruñó Frank.

En menos de tres minutos, con una precisión y concisión que asombró a Max, Carpenter explicó a Frank lo ocurrido, de modo que éste quedó al corriente..., y asombrado.

—Pero... ¿por qué hizo eso la doctora? —preguntó por fin,

—La verdad es que estaba pensando que dada tu amistad con Ángela quizá tú tendrías una explicación el respecto, querido

—Bueno, sé algunas cosas..., pero nada referente a la doctora Beauregard. ¡Y desátame de una vez!

—Calma, Quizá Ángela tenga razón, y estés mejor así, por el momento. ¿Qué cosas sabes?

—No sé cómo, pero ese mariconazo consiguió...

—¿El tipo de la cara maquillada?

—Sí. Se llama Jean Louis Desfleurs... ¡El nombre ya lo dice todo! (1) No sé cómo, consiguió una dosis de «Sexboom», y, tal como tú sospechaste, la vertió en el depósito de aguas que abastece Callander. El «Sexboom» es un líquido invención de la doctora Beauregard, de propiedades afrodisiacas, un estimulante sexual a lo bestia... Por eso

pasó lo que pasó en Callander hace días: todas las personas que de un modo u otro bebieron agua contaminada por el «Sexboom» perdieron todo control sexual durante un par de horas.

(1) En francés, las palabras **des fleurs** significan «las flores», o «unas flores».

—Entiendo —murmuró Carpenter—. Y sabemos que el profesor Haliburton estaba tomando whisky con agua en compañía de... de la persona que tú sabes. Por eso los dos se volvieron... sexualmente locos, y ese esfuerzo que ya no correspondía a las condiciones físicas de Haliburton le provocó el colapso. Whisky con agua contaminada de «Sexboom». Y claro, lo mismo les ocurrió a los que estuviesen tomando café, o cualquier comida preparada con agua, o, simplemente, bebiendo agua... Por eso una parte de la población quedó afectada y otra parte se libró de los efectos. Y ahora ya sabemos por qué la doctora Beauregard estaba tan furiosa. ¿Recuerdas?

—Claro. ¿Por qué estaba furiosa?

—Es evidente que la doctora y Jean Louis no son precisamente enemigos, sino aliados. Por eso, y así, han estado interviniendo. Respecto a la furia de la doctora, supongo que se debía a que Jean Louis le había pedido o robado en su laboratorio una dosis de «Sexboom», y, ya impaciente por tener la seguridad de que surtía efecto, decidió hacer una prueba. Por eso pasó lo que pasó, y por eso la doctora estaba tan furiosa.

—Parece razonable —admitió Frank—. Sí, eso debió ser. Pero no comprendo qué pretenden Jean Louis y la doctora con ese afrodisíaco..., ni qué pintan en esto el profesor Haliburton y el otro, el alemán von Worenz.

—Lo seguro es que tanto Haliburton como von Worenz eran amigos de la doctora hacía tiempo. No sé si ella los tendría al corriente de sus trabajos en ese afrodisíaco... a lo bestia, como tú dices, pero sí creo estar en lo cierto si digo que ellos, fuese como fuese en la parte que fuese, estaban dispuestos a colaborar con ella. Sin embargo, no se me ocurre cómo encajan estos tres científicos. La doctora fabrica un afrodisíaco; el profesor von Worenz estaba trabajando en la consecución de un alimento concentrado que podría resolver muchos problemas de la Humanidad; nuestro compatriota, el profesor Duncan Haliburton, era un experto en estudios de Biología... ¿Cómo los encajarías tú, Frankie?

—No se me ocurre.

Carpenter desvió la mirada hacia Max, que escuchaba con suma atención.

—¿Qué dices tú, Maximiliana? —inquirió.

—Mmmm! —dijo la alemana, a través de la mordaza.

—Supongo que dices que tampoco se te ocurre nada —sonrió ceñudamente Carpenter—. Bueno, creo que deberíamos interesarnos

por ello, de modo que hablemos en serio, Frank: ¿qué pasa con esa chica, Ángela?

—Bueno... La culpa no ha sido mía, te lo juro...

—La culpa, ¿de qué?

—Pues es que... Bueno, ella me dio a beber agua, y... y yo la bebí, y... y...

—¿Ingeriste «Sexboom»?

—Si...

—Vaya. Debiste pasarlo muy bien con Ángela, supongo. ¿O no pasó nada?

—Sí, sí pasó —farfulló Frank, sofocado por el recuerdo—... Pasó mucho. Yo me... me convertí en una bestia, no podía controlarme, no sabía... no sabía más que deseaba hacerlo sin parar...

—Comprendo, comprendo. Pero dime: ¿no tomaste las píldoras que nos trajeron al mismo tiempo que las fotografías de von Worenz y la doctora?

—Pues... no.

—¿Cómo que no? —exclamó Carpenter—. ¡Debiste hacerlo!

—Bu-bueno, me pareció... que era todo una tontería, que... que era algo así como una broma, así que... no las tomé. ¿Tú sí?

—Pues...

—¡Tampoco las tomaste!

—La verdad es que no —sonrió Carpenter—. No me gustan los productos farmacéuticos, simplemente.

—¡Pues si te hacen beber «Sexboom» vas a ver lo que es bueno! —exclamó Frank—. ¡Te entrará una furia sexual como nunca se te ocurriría que...!

—Si te pasó a ti, supongo que también me pasaría a mí. Pero hay algo que todavía no entiendo. ¿Por qué te hizo beber Ángela una dosis de «Sexboom»?

—Porque le gusto. Dijo que haría lo posible por evitar que me mataran, pero que... que si no podía evitarlo, quería... tener un hermoso recuerdo de mí.

—Chocante —sonrió Carpenter.

—¿Por qué es chocante? —gruñó Frank—, ¿Tan feo soy que no te parece posible que una chica se enamore de mí?

—Hombre, tampoco es eso... Me refería a las circunstancias, a todo este extraño asunto. Por lo menos, te habrás... divertido, ¿eh? Fíjate cómo nos mira Max, como si fuésemos un par de locos que no nos damos cuenta de nuestra peligrosa situación y nos dedicamos a charlar tranquilamente. Pero esto es porque Max no sabe con quién se ha metido esta gente, ¿verdad, Frankie?

—Si te es posible... no mates a Ángela —murmuró Frank.

—Favor por favor —dijo ya seriamente Carpenter—. Procura que nada

malo le ocurra a Max.

—Está bien.

Carpenter asintió, se acercó a la cabecera de la cama, y aflojó las ligaduras que sujetaban las muñecas de Frank. No terminó de soltarlo, sólo aflojó las ligaduras. Luego, volvió a sentarse en el borde de la cama, y quedó pensativo... De pronto, pareció recordar a Max. Se acercó a ella rodeando el lecho, y se inclinó a mirarla afablemente.

—Te voy a quitar la mordaza, pero continuarás con la boca cerrada. ¿De acuerdo? Procura permanecer junto a Frank pase lo que pase, y quizá consigamos arreglar esto. ¿Todo entendido, bella Max?

La alemana asintió, y Carpenter le quitó la mordaza. Sonrió secamente cuando la muchacha aspiró hondo, y se disponía a decir algo cuando la puerta de la habitación se abrió, y apareció Ángela, acompañada de «Terranova».

Este señaló a Carpenter, y dijo:

—Tú, ven conmigo: te voy a afeitar, para que estés más guapo y a gusto de Jean Louis.

—¡Oh, no! —gimió Frank.

CAPÍTULO VIII

—¡Ten cuidado con ese monstruo!—gritó Frank, cuando Carpenter salía de la habitación—, ¡No podrías tumbarlo ni con un garrote de acero!

Carpenter pareció no oír a su amigo del alma. Salió tranquilamente, y comprendió que las cosas se estaban poniendo más y más difíciles cuando vio en el pasillo a otros dos hombres, pistola en mano, que le miraron ceñudamente. Sobre esto no necesitaba explicación de ninguna clase: eran los dos sujetos que habían estado en la casa de la doctora Beauregard, es decir, dos acólitos más del afeminado Jean Louis, dos asesinos... Pero ¿dónde estaba el profesor Karl von Worenz? No lo había visto en ningún momento.

Cuando entraron en el salón, Jean Louis no estaba solo esta vez. Con él estaba la doctora Beauregard, ataviada con un abrigo de pieles que le daba aspecto de vaca marina, y, ¡por fin!, Carpenter pudo ver al profesor Karl von Worenz, también muy abrigado y de pie junto a unas cuantas maletas que se amontonaban ante los pies de la doctora, sentada ésta en un sillón

—Volvemos a vernos, señor Carpenter —sonrió insidiosamente la doctora Beauregard—. Y ello, porque he querido tener el gusto de despedirme de usted... para siempre, por supuesto.

—¿Se va de viaje?

—Sí —Amelia Beauregard se echó a reír—. ¡En efecto, me voy de viaje, pero no es por eso que me despido de usted para siempre! Lo que ocurre es que será completamente imposible que usted y yo podamos volver a vernos, en este mundo. ¿Comprende?

—Me parece que si —murmuró Carpenter—. Y me pregunto si no habría algún modo de... llegar a un acuerdo.

—Temo que no —negó Amelie—. Jean Louis está muy disgustado con usted por haberle privado de dos colaboradores tan eficaces como Jacques y Bill. Y también Stan y Diderot están muy enfadados con usted —señaló a los dos hombres armados—. No le permitirán seguir con vida a ningún precio. Y me parece que dentro de poco, por muy masculino que sea usted, deseará morir, cuando Jean Louis se disponga a castigarlo... a su manera. ¿Se ha enterado ya de que usted le gusta a Jean Louis? ¿Se imagina lo que él está tramando hacerle?

Carpenter se pasó la lengua por los labios. Miró a «Terranova», que tenía una navaja de afeitar en una mano y con la otra removía jabón en un recipiente de metal. Sobre una silla vio una túnica blanca, pero no se le ocurrió qué significaba...

—La túnica —adivinó Amelia sus pensamientos —también es para usted. A Jean Louis le encanta la pureza de lo blanco. Creo que pretende desnudarlo, ponerle esas ropas, y... digamos que se

convencerá a sí mismo de que es usted... su más tierno amor. ¡Casi me dan ganas de quedarme para verlo, pero no puede ser! El hidroavión ha llegado antes de lo previsto, así que tengo que marcharme, con mis cosas, y con el profesor von Worenz.

—¿Un hidroavión? —murmuró Carpenter.

—Ha sido considerado el método más seguro para viajar, en estas condiciones atmosféricas. Amerizará en el Nipissing, y allí me recogerán, para llevarme a la costa Este, donde, unas cuantas millas mar adentro, me está esperando un yate. Los financiadores de mi proyecto están impacientes por comenzar a ponerlo en práctica.

—¿Y cuál es su proyecto?

—¡Ah! Le gustaría saberlo, ¿verdad?

—Mucho. Digamos que es la última petición del condenado a muerte.

—Pues, señor Carpenter —rió Amelie Beauregard—, mucho me temo que en esta ocasión el condenado a muerte no va a ser complacido. Bien, ya he tenido la cortesía de despedirme de usted... ¡Hasta nunca, señor Carpenter!

Se puso en pie, recogió dos de las maletas, y le dirigió una significativa mirada a Jean Louis.

—Márchate de aquí en cuanto termines con él; ya sabes dónde debes esperar mi llamada. ¡Y nada de hacer más tonterías con el «Sexboom»! ¿Está claro?

—Descuida —asintió Jean Louis—. Sé que fue una imprudencia por mi parte utilizarlo antes de tiempo, ¡pero no pude resistir la tentación!

—Pues ten cuidado en lo sucesivo. Nuestros financiadores no están dispuestos a admitir ni fallos ni riesgos inútiles. Adiós.

—Hasta pronto, Amelie. Adiós, herr profesor.

Este, que había cargado con tres maletas, movió la cabeza por todo saludo, miró a Carpenter, sonrió burlonamente, y se dirigió a la puerta del salón, en pos de Amelia Beauregard...

—Bien—dijo Jean Louis, cuando ambos hubieron abandonado el salón

—¿qué estás esperando para afeitarse al señor Carpenter, «Terranova»?

—Ahora mismo —dijo el gigante cabezón, esgrimiendo la brocha llena de jabón—. Tú, siéntate ahí: voy a afeitarte.

—Ten mucho cuidado no vayas a cortarle... ¡Ya sabes que detesto la sangre!

—Lo afeitaré muy bien —aseguró «Terranova».

—Que su cara quede muy suave, muy suave... ¡Espera! —los ojos de Jean Louis brillaron intensamente ante una súbita idea—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes...? ¡Antes que nada, vamos a invitar al señor Carpenter a un trago...!

El desconcierto de Andrew fue brevísimo. Vio a Jean Louis correr hacia un pequeño escritorio, uno de cuyos cajones abrió con una llavecita. Del cajón sacó una botellita del tamaño aproximado de un

paquete de cigarrillos, y la miró al trasluz, mostrándola al mismo tiempo a Carpenter, que pudo distinguir una pequeña cantidad de un líquido color rosado,

—Stan, prepara un trago de whisky para el señor Carpenter. ¡Oh, va a ser espléndidamente divertido!

Andrew miró a Ángela, y vio sus ojos muy abiertos fijos en la botellita. Stan y Diderot reían, mientras el primero iba hacia el mueble-bar. «Terranova» mostraba una ancha sonrisa de muchachote divertido.

—Estoy seguro, señor Carpenter —decía Jean Louis —de que usted ya ha comprendido qué líquido es éste. O al menos, tiene una idea al respecto, ¿no es así? Lo llamamos «Sexboom»... Es un nombre apropiado, ¿verdad? ¡El «boom» del sexo! Con una cantidad de este líquido no mayor que el tamaño de una judía, volví loca de amor a la mitad de la población de Callander... ¡Para usted, será suficiente con una gota! ¡Se va a sentir muy feliz conmigo después que haya bebido un whisky con «Sexboom»! Va usted a saber lo que es el amor..., el amor científico, claro. ¡Oh, como le envidio, qué agradables experiencias va a disfrutar! Así que, pensándolo bien... ¡sírvenme otro whisky a mí, Stan! Y se me está ocurriendo... ¿Por qué no echar un par de gotitas en la botella... y beber todos de ella? ¡Todos los que estamos en la casa! ¿No es una buena idea, señor Carpenter? ¿No cree que sería la orgía más interesante de la historia?

—Estás como una cabra —farfulló Andrew—. Y puedes tener la seguridad de que yo no beberé ese whisky.

—¿No? Bueno, parece que nuestro invitado se está poniendo difícil... Sí, era de prever. De modo que quiero que lo atéis con gran cuidado, y entonces le haremos beber el whisky con «Sexboom», y mientras esperamos sus efectos, lo afeitaremos. ¡Sujetadlo! ¡Quiero tener con él la experiencia de este amor científico! ¡Vamos, sujetadlo!

—¡A ti sí que te voy a sujetar yo, marrano! —apareció Frank Marsh en el salón, corriendo hacia Jean Louis

La sorpresa fue tal que Frank estaba ya casi alcanzando a Jean Louis Desfleurs cuando sus hombres consiguieron reaccionar. Jean Louis estaba gritando enloquecido de pavor, y retrocedía, intentando esquivar la feroz acometida, cosa que parecía imposible..., salvo para una pistola, por supuesto.

Uno de los hombres de Jean Louis, el llamado Diderot, fue el primero en reaccionar, y orientó su pistola hacia Frank, lanzando un rugido de rabia... Todavía estaba buscando a Frank en la línea de tiro cuando la parte superior derecha de su cabeza saltó, estalló en un rojo surtidor de sangre mezclada con masa encefálica, y su cuerpo fue sacudido, lanzado brutalmente de lado contra el suelo.

El otro hombre, que se disponía a apuntar también a Frank, lanzó un grito de incredulidad y rabia cuando comprendió quién había

disparado contra su compañero. Vio a Ángela con la pistola en la mano, todavía mirando a Diderot, y olvidando por un momento a Frank, disparó con ella.

Ángela recibió el impacto de la bala en el lado derecho del pecho, por debajo del seno, y saltó hacia atrás lanzando un alarido y soltando su pistola... Justo en ese momento, el primer puñetazo de Frank alcanzaba a Jean Louis en la barbilla, partiéndole la mandíbula y derribándolo de espaldas chillando enloquecido. Y justo también en ese momento, cuando tras disparar contra Ángela, Stan se revolvía de nuevo contra Frank, Andrew Carpenter llegaba ante él tras el espectacular y extraordinario salto que lo elevó más de metro y medio sobre el suelo, y que dejó a «Terranova» con la boca abierta por el estupor.

El pie derecho de Carpenter se disparó, y dio de lleno en la sien izquierda de Stan, en un impacto tremendo que hizo crujir la cabeza del hombre, cuyos ojos desorbitados, en blanco, se vieron un instante antes de ser lanzado, ya muerto por el feroz golpe de *tae kwondo*, sobre uno de los sillones..., cerca del cual, tras el felino, increíble salto, aterrizó suavemente Andrew Carpenter.

—¡Ángela!—estaba gritando Frank Marsh.

Corrió hacia la muchacha, y se dejó caer de rodillas a su lado..., mientras Jean Louis, conteniendo sus gimoteos, gateaba a toda prisa en busca de la pistola que había escapado de la mano de Diderot.

El atónito «Terranova», que parecía de piedra, incapaz de moverse, ni siquiera acertó a hacerlo cuando Andrew saltó hacia donde estaba la navaja de afeitar tan cuidadosamente afilada, la agarró, y la lanzó con toda su fuerza en dirección a Jean Louis, en el momento en que éste, ya pistola en mano, comenzaba a gritar de enloquecida alegría apuntando a la espalda de Frank Marsh.

La navaja silbó en el aire, girando, y fue a hundirse en el ojo derecho de Jean Louis Desfleurs, que lanzó un bramido espantoso, se puso en pie, y luego cayó de bruces, hundiéndose la hoja de acero hasta el cerebro.

Para entonces, ya la mirada de Andrew Carpenter había regresado velozmente hacia «Terranova, que iba mirando de un lado a otro con la expresión de quien está contemplando una atroz película, un filme del cual él era, simplemente, un espectador, sin que, por supuesto, tuviese en él arte ni parte.

Sólo cuando vio a Carpenter recoger del suelo la pistola de Stan, y apuntarle, comprendió «Terranova» que sí, que él tomaba parte en aquel peligroso filme. Parpadeó, y dio un paso hacia Carpenter, alzando los brazos.

—Te voy a matar —masculló «Terranova»—. Te voy a matar, pero antes te voy a arrancar los cojones, te voy a...

Plop, disparó Carpenter.

«Terranova» recibió el disparo en el pecho, pero fue como si la bala no le hubiera alcanzado. Continuó caminando y hablando como si tal cosa:

—...arrancar también las orejas, y la cabeza... ¡Je, je! ¡Te voy a convertir en...!

Plop.

«Terranova» acusó el segundo impacto con un leve movimiento de vaivén de su cuerpo, pero siguió caminando, rugiendo, abriendo y cerrando sus manos, doble de grandes que las de Andrew Carpenter.

Plop, disparó de nuevo el espía americano. Y esta vez no lo hizo contra el pecho del gigante, sino contra la cabeza. La bala acertó a «Terranova» en el centro de la frente, y la cabeza brincó suavemente hacia atrás, dejando salir la bala por la parte posterior. Cuando la cabeza volvió hacia delante, simplemente «Terranova» se fue tras ella, cayendo con gran estrépito, de bruces, ante los pies de Andrew, que se desentendió de él y corrió a reunirse con Frank y Ángela.

Esta estaba murmurando, agarrada a una mano de Frank:

—Al menos, tendré... un buen recuerdo de ti..., aunque sea yo quien se marche... No debí jugar contigo, porque después de querer divertirme a tu costa... haciéndote ingerir «Sexboom», me... me enamoré como... como una loca... ¡Frank, me estoy muriendo!

—Claro que no —gruñó Carpenter, arrodillado junto a su amigo—. No es una herida mortal, ni mucho menos..., aunque puede serlo si no la atiende un médico. Y ningún médico vendrá a atenderte si no contestas a mis preguntas, Ángela.

—¿Quieres decir... que me dejarás morir si no...?

—Exacto. O me dices lo que sabes, o dejaré que te desangres. De modo que ya lo sabes. Primera pregunta: ¿qué es exactamente lo que está tramando la doctora Beauregard? ¿Lo sabes?

—Sí... Sí. Ella encontró gente que estuviese financiando sus investigaciones... sobre el «Sexboom»... El profesor Haliburton y el profesor von Worez estaban de acuerdo con ella, y cuando... cuando todo estuviese a punto, vendrían a reunirse con ella, y... y así lo hicieron...

—¿Qué es lo que estaba a punto? —continuó preguntando Andrew, implacable, mientras taponaba la herida de Ángela con trozos de ropa de ella misma—. Porque cada uno de ellos estaba investigando una cosa diferente, ¿no es así?

—Sí... Pero la principal era el «Sexboom», ese... ese afrodisíaco... Haliburton y von Worez todavía no tenían finalizadas sus investigaciones complementarias, pero... pero decían que estarían terminadas muy pronto. Entonces, el grupo financiador organizaría... todo el asunto para verter «Sexboom» en los servicios de agua potable

de las ciudades más importantes de... de todo el mundo, y... y en todas partes, de modo que se produciría... una explosión demográfica de tal magnitud que el planeta no podría soportarla: la gente se volvería loca de sexo, y en un año nacerían cientos de millones de nuevos seres...

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Carpenter—. ¡Sería el fin del mundo, por falta de recursos para tanta población! A menos...

—Si... A menos que interviniesen entonces el profesor Haliburton y el profesor von Worenz. Haliburton aportaría sus estudios biológicos para... hacer una selección humana, y... y von Worenz aportaría su... su alimento concentrado, con lo que toda... toda la población mundial podría ser atendida. Pero esto, ellos no lo harían salvo que se les concediese el... el mando en todo el planeta...

—Ángela: ¿no pensasteis en una cosa? ¿No pensasteis que esa explosión demográfica podría dar lugar, en primer término, a una guerra mundial provocada por el desespero, la amenaza del hambre, de la falta de espacio vital...? ¿No pensasteis que eso era como provocar el nacimiento de mil millones de seres, que estarían destinados a ser... rápidamente eliminados por ser... excedentes de la humanidad?

—Yo no... no he sabido todo esto hasta hace poco, pero ya no podía marcharme, les tenía miedo. En cuanto a las posibles guerras, también habrían beneficiado a los financiadores del proyecto, pues tienen fábricas de armas, de material de guerra, intereses de toda clase en esta... actividad. De manera que, de un modo u otro, cuando finalmente hubiesen ofrecido solucionar el problema, habrían... conseguido sus propósitos de convertir... el mundo en un... mercado de su exclusiva propiedad, donde toda la humanidad sería... consumidores... y esclavos de sus deseos...

—¿Cuál es el nombre del yate en el que esa gente está esperando a la doctora?

—Creo... que se llama... «Little Titanic»...

—¿«Pequeño Titanic»? Bueno, ya veremos si es un titán ese yate... ¿Quién hacía de intermediario entre los del yate y la doctora y Jean Louis?

—Hay una emisora... en la bodega. Jean Louis se comunicaba con los del yate, y pasaba las órdenes a la doctora.

—Conque una emisora y todo... ¡Espléndido! Bueno, creo que la voy a utilizar. Sólo tengo que cambiar de onda para ponerme en contacto con nuestros compañeros.

—¿Y... el médico? ¡Me habéis prometido un médico, me lo habéis prometido, o voy a morir en seguida...!

—No hay prisa —sonrió Frank Marsh, dejando de simular una gran preocupación—. En realidad, hasta yo mismo podría curarte. ¿Verdad,

querido?

—Verdad —sonrió éste—. De todos modos, voy a utilizar esa emisora para pedir que envíen un médico con un helicóptero inmediatamente..., si es que resulta posible volar con este tiempo. Frank, ve a buscar a Max, y que te ayude a cuidar de Ángela hasta que llegue el médico.

—La dejé atada, porque me pareció que no podía perder más tiempo para venir en tu ayuda.

—Hiciste bien —suspiró Carpenter—. Bueno, haz lo que te he dicho. Dejad preparada a Ángela para ser trasladada en helicóptero a Estados Unidos.

—¿Y Max? Es una espía alemana, Andy.

—Seguro que sí, pero no ha estado operando en Estados Unidos, sino en Canadá. ¿Qué tenemos los yanquis contra ella?

—¡Toma, pues es verdad! —exclamó Frank—. Incluso podríamos ayudarla a recoger a sus compañeros muertos y a preparar su envío a Europa, ya...

—Ya etcétera, etcétera, etcétera... Encárgate de eso: yo voy a ver si consigo utilizar esa radio de la bodega.

—¿Y adónde les dirás que vengan a buscarnos? ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos!

—Oh, sí —dijo Ángela—. Estamos cerca de North Bay, en la casa más grande que hay en la periferia, saliendo hacia Callander.

—¿No es un amor de criatura? —exclamó Frank—. ¡Para que luego digan que las mujeres no saben ni lo que dicen cuando hablan!

—Evidentemente, Ángela lo sabe —sonrió Carpenter—. Vamos a ver qué pasa.

* * *

Había pasado que llegaron no uno, sino dos helicópteros, con un médico que en seguida se ocupó de Ángela, y con dotación suficiente de agentes norteamericanos para atender todo el asunto en Canadá en todas sus facetas, cosa que, por supuesto, harían del modo más discreto posible recurriendo a sus contactos con los colegas canadienses, quienes a su vez, resolverían a la policía el problema del extraño asunto sexual de la pequeña localidad de Callander.

Pero de eso hacía varias horas, ya casi estaba olvidado en las mentes de Frank Marsh y Andrew Carpenter. Ahora, los dos volaban en un helicóptero especial sobre las frías y grises aguas del golfo de San Lorenzo, precisamente muy cerca de la costa Oeste de la isla de Terranova, cerca del Estrecho de Cabot.

Estaba amaneciendo, pero las brumas eran todavía tan espesas que impedían la visión de cualquier navío... normal, pintado de gris o cualquier tono oscuro. Sin embargo, la visión de aquella pequeña

mota blanca deslizándose bajo ellos les llamó la atención inmediatamente.

Se miraron, y Carpenter, que portaba en las manos un fusil lanzagranadas, señaló hacia abajo con la barbilla.

—Echemos un vistazo.

—Sería demasiada suerte que lo encontrásemos nosotros, ¿no te parece? —gruñó Frank, que pilotaba el aparato.

—Probemos. Tú siempre has tenido suerte.

El helicóptero descendió, y poco después pasaba raudo junto al costado de estribor del blanco yate, tan cerca, que ambos pudieron ver el nombre en grandes letras cerca de la proa. Volvieron a mirarse, pero ya no tuvieron necesidad de decirse nada. Frank se alejó, maniobró, y emprendió el regreso hacia el «Little Titanic»..., mientras Carpenter recorría la portezuela y lanzaba una maldición al recibir la helada ráfaga húmeda, salobre.

—Vuela despacio —gruñó.

—Si no aciertas eso, tendré que llevarte al oculista...

¡Apuesto a que los muy cochinos pretenden navegar hacia Europa, para ponerse a salvo allí!

—No llegarán a Europa —dijo con su suave voz Carpenter.

Y no llegaron.

El helicóptero pasó junto al yate a la mínima velocidad. Andrew Carpenter, soportando el frío que lo ponía de un humor de mil diablos, sacó el extremo del fusil provisto de la granada incendiaria, quedó un instante inmóvil, como si se hubiese congelado, y de pronto, sólo su dedo índice se movió. Se oyó un leve zumbido, la granada partió...

Un instante más tarde, el «Little Titanic» quedaba envuelto en llamas, y tan sólo tres segundos después se partía con una sorda explosión que lanzó hacia el blanquecino cielo una gran bola de humo negro.

Andrew Carpenter se apresuró a cerrar la portezuela, y lanzó un bufido.

Frank Marsh alargó una mano hacia él, le asió el bigote con dos dedos, y preguntó, con tono cantarín:

—¿De quién es este mostachooo...?

—Vete a la mierda —masculló Carpenter.

ESTE ES EL FINAL

Pero a donde fueron, quince días más tarde, fue a Miami. Y no solos, sino acompañados de Ángela, cuya herida estaba prácticamente curada, ya que había sido mucho menos grave de lo que Carpenter le hizo creer para asustarla. Alquilaron un precioso *bungalow* en la playa, en Miami Beach, y se dispusieron a pasar unos cuantos días de bien ganadas vacaciones, tomando el sol, comiendo lo mejor, durmiendo a pierna suelta...

Había un problema, sin embargo, y Frank Marsh lo afrontó valientemente.

—... De modo que si crees que voy a compartir a Ángela contigo, ¡estás loco!

—Siempre lo hemos compartido todo, ¿no? —gruñó Andrew.

—¡Coj...! Todo tiene un límite!

Sentada en la salida del *bungalow*, Ángela asistía divertidísima a la discusión de los dos amigos. Creía conocerlos ya lo suficiente para saber que no tenía por qué preocuparse..., pero la discusión era tan áspera que comenzó a temer que, en efecto, Andrew quisiera también disfrutar de sus favores.

—¡Conque todo tiene un límite...! —rugió Carpenter—. ¡O sea, que no sólo no me preguntas ya de quién es este mostachooo, sino que cuando encontramos una chica, la quieres para ti solo!

—¡Hombre, a ver...! Siempre has sido el guapo, ¿no? ¡Siempre me has birlado las chicas! ¡Pues ahora te jorobas!

—Tienes muy mala memoria, ¿eh? ¿Has olvidado ya lo de Honolulu...?

—¡Lo de Honolulu! —rugió Frank—. ¡Vaya cosa!

—¿Vaya cosa? ¿No compartí mi conquista contigo en Honolulu? ¿Eh? ¿No la compartí?

—¡Eran cinco chicas! No fuiste generoso conmigo..., sólo me pediste ayuda. ¡Así fueron las cosas en Honolulu!

—¡Cabrito desagradecido...!

—¡Al demonio tú y tu mostacho! Oye, eres un tío guapo, ¿no es así? ¡Pues sal por ahí a buscar una chica! ¡La playa está llena de bombones en bikini, sólo tienes que guiñar un ojo, y, hala, chavala al saco!

—Muy bien —Carpenter le amenazó con un dedo—. Pero si después de esto alguna vez en tu podrida vida vuelves a tirarme del bigote, sabrás quién soy yo.

—¡Huy, qué miedo! —tembló cómicamente Frank.

—¿Quieres ver cómo te arreglo esa nariz de tomate pisado?

—Lo que quiero ver es cómo te largas —aulló Marsh, yendo hacia la puerta y abriéndola de un tirón—. ¡A tomar el fresco, tío guapo! O a tomar el sol, lo que más te... ¡Atiza!

Se quedó mirando pasmado a la mujer que había en el umbral de la puerta, con una maleta en la mano izquierda y un bolsito en la derecha. Era tan rubia como Ángela, y hasta quizá más bonita...

—¡Atiza! —exclamó también Ángela—. ¡La alemana!

Andrew Carpenter se acercó a la puerta, y se quedó mirando a Maximiliana Storm como el tipo perdido en el desierto que encuentra un oasis.

—Atiza... —murmuró.

Max Storm tragó saliva, sonrió, y dijo:

—He pedido... la baja en mi servicio. Después de... de lo que pasó con mis compañeros en... en Canadá... Bueno, estuve en Washington y conseguí que... que me dijeran que... Creo... Bueno, me dijeron que necesito... unas vacaciones...

De pronto, dejó caer la maleta y el bolso, y se echó en brazos de Andrew Carpenter. Frank Marsh los empujó para poder cerrar la puerta, sin que ellos dejaran de besarse. Pero abrió de nuevo en seguida, recogió las cosas de Max, y volvió a cerrar.

—Se me ocurre una cosa —dijo, mirando a Max y Andrew, que seguían besándose—. ¿A que no sabéis lo que robé en la casa del mariconazo de Jean Louis?

Ni Andy ni Max le hicieron caso, pero Ángela preguntó:

—¿Qué robaste?

—¡La botellita aquella con una pequeña cantidad de «Sexboom»! ¿Qué os parece si echamos un trago de «Sexboom» todos y armamos aquí la gran orgía que...?

Max y Andy continuaron besándose. Ángela se acercó a Frank, y se colgó de su cuello.

—¿Sabes, Frank? Me parece que deberíamos guardar ese líquido para cuando tengamos noventa años, o así. Ninguno de nosotros necesita ahora ese amor... científico.

—Ella tiene razón —dijo Andrew, dejando de besar a Max para tomarse un respiro.

—Pues no se hable más —se resignó Frank—. ¡Tendremos que lanzarnos al amor a tumba abierta! A propósito: ¿de quién es este mostachoooo...?

—¡Mío! —rió Max.

—Pues para ti sola, rica —dijo Frank, llevándose a Ángela hacia uno de los dormitorios—. ¡Menuda porquería, un mostacho!

F I N

Índice

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

ESTE ES EL FINAL